La conquista del ESPACIO

EL ENIGMA DE URTALA

A. Thorkent

CIENCIA FICCION



Rolf Dunger se volvió de espaldas a su segundo de a bordo, simulando ver la comitiva que se llevaba del puente el cuerpo, ya sin vida, del capitán. El médico poco pudo hacer y ahora se ocupaba de extender el certificado de defunción.

A. Thorkent

El enigma de Urtala

Bolsilibros: La conquista del espacio - 629

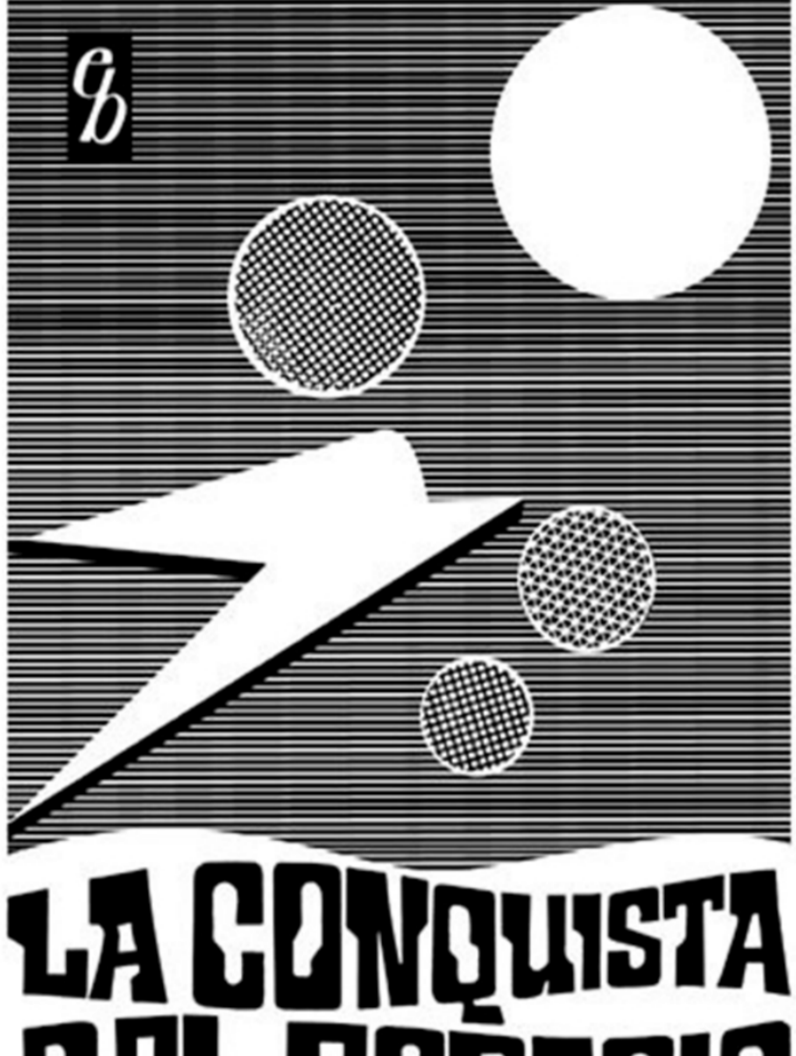
ePub r1.0

Titivillus 10.09.2019

A. Thorkent, 1982

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1




LA CONQUISTA
DEL ESPACIO

EL ENIGMA DE URTALA

A. THORKENT

1

El navegante se revolvió en el sillón y mostró el rostro convulsionado.

—Señor —dijo guturalmente—, hemos de tomar una decisión rápida.

Rolf Dunger estuvo de acuerdo con él, pero no dio respuesta alguna. Su mente bullía con frenesí intentando encontrar una salida. Sintió sobre él las miradas llenas de ansiedad y miedo de los hombres del puente de mando.

—¿Cuál es la posición de los piratas de Agerdan?

Una mujer hizo elevar su sillón de la línea de paneles y respondió:

—Nos alcanzarán dentro de veinte minutos. Unos cien segundos más tarde estaremos dentro de su fuego.

Dunger asintió. Había comprendido. A su lado, el capitán de la nave seguía inconsciente. El anterior ataque del enemigo había dejado su huella de fuego en la sección trasera del puente, donde los tripulantes apagaban las últimas llamas. Sin los conocimientos del malherido capitán, Rolf Dunger debía adoptar una solución.

La maniobra evasiva de la nave *Zardal* no quedó culminada con éxito. Cuando se sumergían en el hiperespacio recibieron la descarga ígnea de los agerdanitas. Fue un recorrido suicida el que los apartó momentáneamente del peligro. De nuevo navegaban a velocidad ínfima, ahora bajo la influencia del sol de Urtala, irónicamente su destino.

La nave pirata de Agerdan no les había perdido el rastro y aquellos monstruosos seres debían de estar riendo, palpando su triunfo, soñando con el abordaje a la *Zardal* que culminaría con la muerte de todos los humanos que la tripulaban. Sería una muerte dolorosa y larga. Los agerdanitas odiaban a los hombres y

raramente abandonaban una presa que presumían estaba al alcance de sus garras.

Una vez más, Rolf Dunger miró por la pantalla la estrella azulada. Su único planeta, Urtala, debía de estar ahora al otro lado. Sofocó una mueca de ironía, de amargo desencanto. Cuando al fin estaba a punto de llegar a su destino, tantos años ansiado, unos salvajes le salían al encuentro y echaban por tierra sus sueños.

Aunque no era tan experto como el capitán, Rolf sabía que sólo le quedaba una solución viable que pudiera salvar sus vidas: usando toda la energía aún disponible de la *Zardal*, sumergirse en el hiperespacio y permanecer en él varios días, viajando un poco a ciegas y luego confiar en que los dioses fueran benignos con ellos y les llevaran a la zona galáctica donde pudieran encontrar ayuda. Y eso significaba olvidarse de Urtala por un montón de años. Rolf había apostado toda su fortuna y medios en la expedición, irrepetible por descontado.

Por supuesto siempre sería mejor volver al hogar arruinado, lleno de deudas, que perecer de forma horrible rodeado de risas siniestras, de fauces nauseabundas de agerdanitas.

—¿Qué posibilidades tenemos de evitar que la nave se desintegre tras la entrada en el hiperespacio? —preguntó mirando al jefe de los navegantes.

Eate, un hombre flaco y poco expresivo, meneó la cabeza y leyó los datos que tenía computados en una lámina sostenida por sus temblorosas manos:

—La nave aún dispone de potencia para soportar el cambio, señor Dunger. Digamos que podríamos salir indemnes en un porcentaje del ochenta por ciento.

Rolf fue mirando los rostros de sus hombres uno por uno. Comprendió que todos preferían esa solución a la hipotética posibilidad de despistar a los agerdanitas ocultándose detrás de la estrella.

Iba a ordenar que permitía el escape por el hiperespacio cuando una voz nerviosa advirtió:

—¡Se detecta una masa a unos cien millones de kilómetros! Su rastro de plasma es del orden noveno. Apenas avanza.

Se produjo un murmullo en el puente de mando, que Rolf hizo acallar con un gesto imperioso.

—Ésa no puede ser la nave de Agerdan —dijo—. Apostaría que se trata de un navío de guerra.

Añadió que también debía de tratarse de una nave de combate que acababa de irrumpir en el espacio normal, por eso su gran señal de plasma. La pregunta que le hubiera gustado hacer y ser contestada por alguien, sin el menor error, flotó en el ambiente. Todos debían de estar pensando en lo mismo: ¿de dónde era esa nave de grandes proporciones?

En aquel momento, el mismo navegante que avistara por medio de los detectores la gran nave, anunció:

—La unidad de Agerdan acaba de aparecer en nuestro campo de detección, señor. Nos alcanzará en diecinueve minutos.

—¿Cuánto tiempo necesitaremos para llegar cerca de esa nueva gran nave?

—Unos treinta minutos, señor.

—Entonces nos dirigiremos hacia ella.

El jefe de los navegantes casi saltó de su asiento.

—Señor, me permito advertirle que esta maniobra es una locura. No sabemos si esa nave es también hostil a nosotros.

—¿Y si es amiga? —preguntó Rolf desafiante.

—Ojalá, señor; pero llegaríamos tarde. Diez minutos antes nos habría alcanzado el fuego agerdanita.

—No si utilizamos toda la velocidad infralumínica y al mismo tiempo solicitamos ayuda. Esa nave desconocida está en dirección a la estrella, y a poca distancia del planeta de este sistema solar, el único que existe.

El jefe de los navegantes, Silgur, dobló su cuerpo y por un momento pareció que iba a romperse en dos. Rolf notó la animosidad entre los tripulantes y temió una rebelión.

—Hagan lo que les digo. Tenemos una gran oportunidad de salvarnos, mucho más clara que meternos ciegamente en el hiperespacio, sin saber en qué lugar de la galaxia saldríamos.

—Preferimos hacerlo que continuar entre las dos naves, señor —gritó una mujer desde el fondo del puente.

Rolf emitió una sonrisa corta. Sacó un láser de debajo de la mesa y lo empuñó, sin apuntar a nadie determinado.

—Estamos perdiendo el tiempo. O nos aproximamos a la nave recién aparecida o nos alcanzarán los agerdanitas. Antes de que

alguien haga un movimiento para preparar la maniobra e introducirnos en el hiperespacio, dispararé contra el programador.

Silgur movió los brazos y pidió calma a todos. Dijo:

—No hay otro remedio, compañeros. El señor Dunger piensa que es lo mejor.

Se acalló otra propuesta, ya tímida, que surgió. Los tripulantes comprendieron que una disputa allí les pondría al alcance de los piratas de Agerdan en breves minutos.

Con frenesí increíble, todos se pusieron a trabajar. Veinte segundos más tarde, la *Zardal* saltaba en el espacio impulsada por sus menguadas fuerzas. Viajó a un tercio de la velocidad lumínica al cabo de cinco minutos.

Rolf siguió el rastro de la nave de Agerdan, que al darse Cuenta de la maniobra de los humanos aceleró también. En el otro extremo de la pantalla, el punto rojo que representaba a la nave desconocida seguía inmóvil.

—Enviad mensajes en amplia onda —gritó Rolf—. Pedid ayuda y protección.

El silencio en el puente se hizo total y sólo se oyó la voz chillona del comunicador, que terminó con tono desgarrado solicitando ayuda a unos seres que no sabían quiénes eran.

Rolf contempló expectante la situación en la pantalla de la nave hacia la cual se dirigían. De pronto ésta empezó a moverse y todos lanzaron gritos de alegría. Al menos no se alejaba por miedo a los agerdanitas.

—La nave ha sido identificada como la *Zardal*, de Belgunt, construida hace doce años para las líneas regulares comerciales. Al parecer fue vendida hace poco y luego vuelta a vender a un individuo llamado Rolf Dunger.

Alice terminó de leer a Adan los datos reflejados en el monitor, superpuestos sobre la silueta de la nave que se acercaba a ellos a velocidad endiablada y emitiendo constantemente un mensaje de ayuda.

—Belgunt no pertenece al Orden Estelar —dijo Adan con el ceño fruncido—. Pero no podemos permitir que los agerdanitas la destruyan.

La mujer agitó su rubia cabellera y sus ojos azules chispearon.

—Eso harán ahora. Han debido de comprender que ya no

podrán abordarla. Creo que querrán aniquilarla, enrabietados.

—Tal vez aún no sepan que nosotros estamos aquí.

—Si no lo saben no tardarán en averiguarlo.

La comandante Alice Cooper desplazó levemente su módulo y se aproximó al borde de la plataforma. Miró hacia abajo, donde un centenar de hombres y mujeres controlaban el espacio exterior y se aprestaban a emitir la alarma que impondría la situación de zafarrancho de combate en la unidad exploradora *Silente*, del Orden Estelar.

Adan Villagran se reunió con su compañera. Ella era aquel día quien gobernaba la gran máquina de guerra y exploración. La observó con atención. Cuando Alice tomaba decisiones parecía transfigurarse, ser otra mujer muy distinta a la que por las noches retozaba entre sus brazos.

—Es muy extraña la presencia en este sistema planetario de una nave de Belgunt —comentó Adan.

—Sí, desde luego —replicó ella sin mirarle. Prestaba toda su atención a los gráficos de aproximación. Por el momento parecía que la nave de Agerdan no se había percatado aún de la presencia de la unex *Silente*. ¿Tan obsesionados estaban aquellos monstruos con su presa que no sabían que navegaban hacia la muerte?

—Dentro de tres minutos tendremos a la nave de Agerdan bajo nuestro fuego —dijo la voz del capitán Kelemen por el comunicador.

—Que sea enviado un mensaje de advertencia. Si no desisten a la persecución a la *Zardal*, dispararemos.

—Esos bichos sangrientos no merecen tales consideraciones —gruñó Adan.

—Lo sé —admitió Alice—. Pero estamos obligados a advertirles.

A continuación ordenó al alférez Koritz que emitiese la advertencia.

—¿Qué alegarás? —preguntó Adan.

—¿A qué te refieres?

—No estamos en una zona bajo la jurisdicción del Orden Estelar y la nave de Belgunt no goza de nuestra protección —sonrió Adan—. Siento curiosidad por conocer ahora qué pondrás en tu informe.

La mujer se volvió con aire indiferente.

—La nave *Zardal* nos ha pedido ayuda y está tripulada por

humanos.

—Eso huele a racismo.

—No bromees ahora, Adan. Ya buscaré una excusa que se ajuste a la Norma. ¿Te basta ahora escuchar que vamos a intervenir porque me da la gana?

El comandante soltó una carcajada.

—Es lo más sensato que he escuchado.

—Mira.

Ella reclamó la atención del hombre en los gráficos. La nave agerdanita había lanzado sus primeros misiles contra la *Zardal*.

—Envía una cortina de intercepción —sugirió Adan.

Alice ya lo había hecho y los proyectiles fueron desviados. Eran imperfectos y fáciles de alterar. La nave de Belgunt pasó a su área de protección. Entonces Alice mandó que se enviase contra el enemigo una andanada de láser.

De la esfera de oro surgieron ocho trazos fulgurantes. Pocos segundos después, la nave negra de Agerdan desaparecía en medio de una burbuja ígnea.

—Horriblemente rápido y vulgar —se lamentó Adan viendo cómo en el gráfico se esfumaba la indicación que representaba la posición de la unidad agerdanita.

—Si esperabas una batalla espectacular con semejantes tipos es que eres un crédulo —rió Alice—. Ahora…

—¿Qué se te ocurre ahora?

—La *Zardal* está acelerando, recuperando el resuello perdido. Esos desgraciados han debido pasarlo mal a causa de sus averías.

—¿Por qué han de tener problemas de navegación?

—Llevaban el suficiente tiempo en el espacio normal para creerlo así, pues en caso contrario se habrían librado de sus enemigos, de la persecución, escapando a velocidad superlumínica.

Adan se incorporó de su módulo, estiró los brazos, ahogó un bostezo y preguntó:

—¿Les preguntarás qué están buscando aquí?

—Desde luego.

—Y ellos pueden preguntarse qué estamos haciendo nosotros aquí.

—Deben de estar tan contentos porque les hemos salvado que no cometerán semejante grosería. Proseguirán su camino.

—Encanto, por tu cabecita no ha pasado una posibilidad.
Ella puso los brazos en jarras, ladeó la cabeza y preguntó:
—¿Cuál?
—Este sistema planetario puede ser, también, su destino.
Alice asintió.
—Ya lo había pensado.
Y Adan notó la expresión preocupada de su compañera.

2

—Es una nave del Orden Estelar, señor —le informó Silgur.

Rolf Dunger se volvió de espaldas a su segundo de a bordo, simulando ver la comitiva que se llevaba del puente el cuerpo, ya sin vida, del capitán. El médico poco pudo hacer y ahora se ocupaba de extender el certificado de defunción.

—Su jefe, la comandante Cooper, pide una entrevista con usted —añadió Silgur.

—¿Dónde?

—En la *Silente*. —Al ver la expresión de extrañeza de Rolf, Silgur se apresuró a concretar—: Así se llama la unex que nos ha salvado el pellejo, señor.

Dunger se mesó los cabellos. Con la mirada pidió al segundo algún tiempo para meditar. Paseó por el amplio palco del puente. Abajo, el personal estaba relajado. De vez en cuando escuchaba alguna risa nerviosa. Un grupo de técnicos se ocupaba de terminar las reparaciones en el sector afectado por la explosión provocada por el misil agerdanita.

—¿Qué contesto, señor? —preguntó Silgur—. La unidad exploradora espera respuesta.

Rolf se encogió de hombros.

—¿Qué otra cosa puedo hacer sino acceder?

—Le harán preguntas…

—Ciertamente, pero ya tengo las réplicas preparadas. Y ellos no poseen aquí la misma autoridad que en la galaxia bajo la ley del Orden Estelar. Silgur, puedes comunicarle que dentro de unos minutos me trasladaré a su nave a bordo de una falúa.

—¿Le acompaño, señor?

Rolf miró al hombre delgado. Al cabo de un instante negó con la cabeza.

—Será mejor que te quedes aquí, acelerando el trabajo. Los

mandos dañados deben quedar reparados cuanto antes. También te ocupas de que el cuerpo del capitán sea lanzado al espacio, así como los otros muertos.

Silgur asintió y se alejó. Rolf Dunger quedó de nuevo a solas con sus pensamientos, rumiando la mala suerte que se había cernido repentinamente sobre él y sus proyectos. La presencia de la unex del Orden había sido muy afortunada, pero ahora, pasado el peligro, se sentía preocupado. No encontraba una explicación que justificara allí la poderosa esfera de guerra.

Pero los designios del alto mando del Orden eran impredecibles y tortuosos.

Salió del puente y fue a su camarote. Allí, Rolf se cambió de ropas y buscó unas sobrias, pero que al mismo tiempo hicieran ver a los demás que él era un hombre rico y de gustos cultivados.

Por un momento estuvo tentado de llevar consigo el pequeño cilindro de registros. Al final optó por guardarlo en su caja de seguridad. Por el comunicador fue advertido de que la falúa estaba dispuesta y salió del camarote, con pasos apresurados.

Adan miró a Alice.

—Cariño, a veces no te entiendo —dijo un poco molesto—. Hubieras podido conversar con el señor Dunger por medio del visófono. ¿Para qué hacerle venir hasta aquí? —Dio unos pasos por la estancia y se detuvo a dos metros de Alice, que trasteaba entre los cilindros de registros—. ¿Acaso pretendes impresionarle?

Ella negó con la cabeza. Sostenía entre los dedos de la mano derecha un brillante tubo metálico. Preguntó:

—¿Sabes qué es?

Adan leyó el número del cilindro. Asintió.

—Sí. Es el informe del comandante Goeltz.

—Yo lo he oído más de cinco veces.

—¿Pretendes hacerlo por sexta vez?

—No. Y ganas no me faltan —suspiró—; pero el dueño de la *Zardal* estará a bordo en unos minutos.

Salieron de sus aposentos. Adan caminó un poco retrasado, como requería el protocolo. El comandante de servicio debía ir delante. A él le agradó porque así pudo admirar la figura esbelta de la mujer, que el sobrio uniforme negro y plata no conseguía disminuir. La cascada de pelo color oro viejo le caía por la espalda.

Últimamente no le gustaba a Alice recogérselo. Adan se preguntó si había en alguna parte de la Norma alguna disposición que prohibiese lucir aquel gesto de coquetería femenina en la mujer.

Un deslizador les esperaba en el pasillo, con un soldado ante la palanca de mando. Apenas se acomodaron los dos comandantes, el silencioso vehículo se puso en marcha. No hablaron a lo largo del trayecto. En el hangar les salió al encuentro la capitán Joan LeLoux. Varios soldados de su Brigada de Defensa y Seguridad estaban apostados junto a la esclusa. Alice los miró.

—¿Por qué están aquí, capitán? —preguntó, no muy contenta con semejante despliegue de fuerza.

La capitán sonrió brevemente y dijo:

—Señora, he seguido al pie de la letra el protocolo.

—El señor Dunger no posee título de capitán —replicó Adan.

—Pero él lo es ahora, ya que el capitán de la *Zardal* ha perecido.

—Confiemos, por el bien de la tripulación, que posea suficientes conocimientos —rezongó Adan.

LeLoux le miró risueña.

—Comandante Villagran, he averiguado que a bordo viaja, como segundo, un tal Silgur.

Tanto él como Alice pusieron gesto de incomprensión.

—¿Qué sabe de Silgur?

—Interceptamos un cambio de mensajes hace poco —explicó LeLoux—. Cuando oí el nombre de Silgur no dudé en consultar con el banco de memoria.

—No podemos disponer de datos de hombres de Belgunt en nuestro banco, LeLoux…

—Sólo de personal del Orden. —Adan entornó los ojos—. ¿Quiere decir que Silgur es un miembro del Orden?

—En el banco se guardan también los informes de quienes pertenecieron al Orden Estelar, señor —dijo la capitán—. Silgur fue oficial hasta hace casi cinco años. Pidió la baja y se trasladó, a ejercer como segundo de a bordo, al planeta Belgunt.

—Es curioso… —empezó a decir Alice.

—Más lo es que Silgur formara parte de la Unex del comandante Goeltz.

Alice y Adan se cruzaron una mirada. Los dos estaban un tanto

perplejos y el hombre intentó reaccionar primero diciendo:

—Es muy interesante. Creo que no debemos manifestar ante Rolf Dunger que sabemos tal cosa. Dejémosle hablar antes. LeLoux, ¿viene también Silgur?

—Es una falúa unipersonal.

Alice asintió.

—Recibamos a nuestro hombre y mostrémonos amables.

Sonó el silbido de advertencia de que en la esclusa acababa de penetrar la falúa. Unos minutos después, cuando la presión quedó restablecida, la compuerta se abrió y apareció Rolf Dunger.

Lo miraron con interés. Rolf era un hombre de edad media, alto y corpulento, mirada huidiza y caminar felino. Se acercó a ellos con pasos decididos. Vestía ropas sobrias pero costosas. Debía de ser un armador de grandes medios o un aventurero extraño, que gastaba su fortuna llevando a cabo exploraciones en regiones aún no controladas por ningún estado de la galaxia. ¿Qué buscaba? Tanto Alice como Adan se hicieron idéntica pregunta.

Alice se adelantó y tendió la mano al recién llegado, diciendo:

—Saludos, señor Dunger. Soy la comandante Alice Cooper. Bienvenido a bordo de la *Silente* en nombre del Orden Estelar.

Rolf estrechó la mano de la mujer, quien seguidamente presentó a Adan y luego sugirió que todos se trasladaran a una sala donde podrían conversar tranquilamente.

En dicho lugar, un ordenanza les sirvió bebidas. Dunger eligió sin dudar un viejo *brandy* terrestre, que paladeó lentamente.

—Una vez estuve en la Tierra —dijo—. Eso fue hace muchos años.

—Aún quedan allí cosas estimables —comentó Cooper estudiando de soslayo al invitado—. Lamento decirle que yo nunca he estado en Belgunt, aunque tengo datos de que es un hermoso planeta, muy estable política y económicamente.

Mirando al trasluz el coñac, el hombre dijo como sin interés:

—Los negocios son prósperos allí, sí: pero en cambio la cuestión política deja bastante que desear últimamente.

—Reconozco que no estoy en condiciones de sostener con usted una conversación de esa materia —se disculpó Alice.

Rolf Dunger soltó la copa sobre la mesa y asintió enseguida cuando Adan, con una sonrisa, le preguntó si le apetecía otra.

—En nombre propio y de mis tripulantes quiero darles las gracias por habernos salvado —dijo cuándo hubo consumido la nueva ración de coñac.

Sus ojos chispeaban y Alice fue a llenarle de nuevo la copa. Pero el hombre se apresuró a taparla con la mano, negando con la cabeza.

—No deseo más, gracias.

Alice lo lamentó. Había pensado que con bastante licor en el cuerpo Rolf Dunger quizá resultara más hablador… y sincero.

—Nunca es grato tener que usar la fuerza —dijo ella—. Nos habría gustado que los agerdanitas hubiesen optado por escapar.

—Son ustedes demasiado estrictos con… ¿Cómo definen a su conjunto de leyes?

—La Norma.

—Eso es. El Orden Estelar es poderoso y temido en la galaxia, pero a causa de la Norma resulta débil a veces.

—Yo opino todo lo contrario —replicó Adan—. Señor Dunger, ¿qué hacía usted cuando fue sorprendido por la nave de Agerdan?

Rolf lo miró fijamente. Con parsimonia contestó:

—Nos dirigíamos a Urtala.

Al instante, Alice archivó en su mente el hecho de que Dunger no había denominado al planeta por sus siglas, sino por el nombre que era conocido por contadas personas. Ella, al igual que Adan, no se inmutó; pero intuyó que a su compañero no le había pasado por alto el lapsus del belguntiano.

—¿Qué buscaban allí? —preguntó Alice.

Dunger se revolvió en el asiento, cruzó los dedos y preguntó tratando de ser amable:

—¿Debo contestar? —esbozó una sonrisa para reforzar la cordialidad que estaba lejos de sentir—. Tengo entendido que no es un Mundo Olvidado.

—Así es. El Orden, como usted bien parece saber, no posee autoridad legal en este sector galáctico.

—Lo sé. Habrán adivinado que pienso explorar el planeta.

—Ya lo fue hace algún tiempo.

—Eso no me preocupa.

—¿También sabe que existe una pequeña colonia humana? —preguntó Adan.

—Tan minúscula que apenas si han explorado, al cabo de algún tiempo, unos cientos de kilómetros cuadrados. Ellos no son los dueños del planeta porque aún no lo registraron como suyo ni pidieron a estado alguno su protección —arguyó Rolf Dunger.

—Usted necesitaría de un montón de trámites para anexionarlo a Belgunt —apuntó Alice.

—¿Quién les ha dicho que mi intención es la apropiación? —rió Dunger—. Odio los litigios interminables. No represento a Belgunt. ¿Acaso lo he dicho? Mi intención es descender y llevar a cabo una encuesta.

Con ojos entrecerrados Alice observó al hombre. Lo encontró cínico y capacitado para llevar una conversación a puntos imprecisos, estériles.

Cansada, dijo:

—Nosotros orbitaremos Urtala, señor Dunger.

Y éste lanzó un suspiro de resignación, como si no le cogiera desprevenido la noticia.

—Lo temía.

—Pero antes necesitaremos el permiso de las comunidades locales —añadió la comandante.

Dunger enarcó una ceja, asombrado.

—Una minoría como ésa no puede disponer de tales privilegios —protestó.

—¿Olvida a los aborígenes?

—¿Qué aborígenes?

—Los urtalianos, por supuesto. Deben de haber, ¿no?

Rolf miró primero a Alice y luego al comandante Villagran. Parecía confuso.

—Díganme de una vez lo que sea. ¿Acaso pretenden que me marche? No sería una postura muy civilizada por parte de ustedes, representantes del Orden Estelar.

Alice abrió los brazos y dijo con excesiva inocencia:

—Recurriré a la Norma entonces. Acogiéndonos a ella, puedo prohibirle que usted se acerque a Urtala mientras nosotros llevamos a cabo nuestra misión.

—¿Qué misión?

—Lamento no poder informar al respecto; es secreta.

Dunger lanzó un bufido.

—Debí esperar una artimaña semejante.

—Puede consultar con sus asesores legales. Una llamada a Belgunt no le llevaría más de un día.

—¿Cuándo podré descender en Urtala?

Los dos comandantes se consultaron con la mirada y rápidamente Alice dijo:

—Le avisaremos lo antes posible, pero no confíe en hacerlo antes de tres días. Aunque se asombre, nosotros pediremos primero autorización a las esferas de mando de Urtala. —Y añadió sonriente—: Lo exige la Norma.

Rolf Dunger se levantó. Respiró varias veces y logró decir:

—Dispondré a la *Zardal* a veinte mil kilómetros de Urtala… si les parece correcto.

—No hay inconveniente, señor Dunger. Por favor, le acompañaremos hasta su falúa —dijo Alice.

3

—¿Qué te ha parecido? —preguntó Adan mientras se despojaba del uniforme.

Miró de soslayo a la cabina donde Alice mantenía los ojos cerrados bajo la lluvia dorada del agua perfumada. Admiró el cuerpo de su compañera y empezó a excitarse. Pero al mirar el reloj de a bordo tuvo que conformarse con emitir un gruñido bajo y ronco. Sólo tenía tiempo de tomar él también una ducha, cambiar de uniforme y regresar al puente de mando para disponerlo todo para el establecimiento en órbita de la *Silente*.

Tendría que esperar hasta pasado su turno, en el cual los dos comandantes dispondrían de un descanso.

Alice respondió cuando salió de la cabina y entró en el cubículo de aire tibio y se dejó acariciar sensualmente por las suaves corrientes. Dijo pensativamente:

—Estoy recurriendo a cuanto recuerdo del informe del comandante Goeltz.

—¿Cómo puedes fiarte de él? —masculló Adan terminando de desnudarse—. Nos enviaron aquí a investigar porque al final el alto mando comprendió que había algo anómalo en la redacción.

—No sabemos qué encontraron; nada más que algún selector de la computadora emitió la sugerencia de que Urtala debía recibir una nueva visita y comprobar las condiciones de vida de esa pequeña y poco conocida colonia humana.

—¿Cómo se llama su jefe, si es que aún vive?

—Lou Kung.

—Ya rechazó una vez la presencia del Orden. ¿Por qué habría de cambiar de parecer esta vez? Si nos impide descender como a Goeltz, ¿qué podemos hacer?

—Ya buscaremos algún ardid —rió ella saliendo del aire caliente.

—Me dan miedo tus ardides. Ante ellos pienso que quienes redactaron la Norma no previeron tu singular interpretación de ellos.

—Alguien dijo que las leyes estaban hechas por personas inteligentes para ser vulneradas por otros mucho más listos.

Alice se tumbó desnuda en la cama. Hizo unos movimientos y quedó de lado, su espalda medio oculta por la frondosa cabellera rubia. Adan decidió entrar en la ducha, la puso en su menor intensidad para que la caída del agua no le impidiera seguir hablando.

—Antes te pregunté que qué te había parecido Rolf Dunger.

Ella se sentó y apoyó la barbilla en las rodillas.

—Un tipo extraño. Ojalá lo hubiera podido emborrachar. Ahora sabríamos qué se propone.

—Aparentemente es legal su intención. Y dudo que hubiera sido tan estúpido como para dejarse embriagar. Aunque la presencia de Silgur introduce un toque de misterio a todo, ¿no?

—Estoy de acuerdo contigo, cariño. —Alice se incorporó y empezó a vestirse.

A través de la tenue cortina de agua, Adan se lo agradeció mentalmente. Pasó al aire tibio y apenas estuvo allí el tiempo suficiente para secarse. Pronto debía estar en el puente.

—Naturalmente —dijo—, la presencia de los agerdanitas es fortuita, pero sería interesante conocer la relación entre Silgur y Rolf Dunger. ¿Quién buscó a quién?

—Cuando hayamos arreglado el problema del descenso en Urtala nos ocuparemos de encontrar una excusa para hablar con Silgur.

—Como antiguo miembro del Orden no querrá vernos si tiene algo que temer. ¿Qué más recuerda tu precisa cabecita del informe de Goeltz?

—En su informe, según se constató más tarde por revelaciones de la oficialidad, un miembro de la tripulación descendió en Urtala. Goeltz dijo que no logró aterrizar, pero varios miembros pensaron lo contrario. Se desconoce el nombre de ese oficial.

—¿Tuvo tiempo para averiguar algo interesante?

—¿Cómo saberlo? Goeltz afirmó que el explorador apenas estuvo ausente de su unex unas horas, pero la lancha tardó dos días

en volver. ¿Qué pasó?

—¿Dónde está Goeltz ahora?

—Oh, murió hace un año. A raíz de entonces empezaron las habladurías. Rumores de un oficial de su antigua tripulación llegaron al Servicio de Inteligencia y éste los transmitió al alto mando, quien de inmediato empezó a indagar.

—Tardaron demasiado tiempo en tomar la decisión de enviar una nueva unidad exploradora, ¿no te parece?

—Sí. Querían conocer al menos el motivo de las mentiras de Goeltz. Al parecer lo hallaron. —Alice se encogió de hombros—. Pero eso no nos lo han dicho.

Adan había tomado un nuevo uniforme del armario y se lo puso. Alice le llevó con una sonrisa el cinturón de plata, le besó acariciante y se alejó unos pasos para contemplarle. Dijo:

—Estás muy atractivo. ¿Sabes en lo que pensaba mientras te duchabas?

—Creo que coincidíamos —gruñó Adan—. Deja la contestación a tu pregunta para cuando hayamos puesto a la *Silente* en órbita.

—Como quieras —rió ella—. Iré a tu lado dentro de poco. Por cierto, el alférez Koritz no está de servicio y es un chico despierto. Yo podría hablar con él y…

—¿Piensas engañarme con Koritz?

—No seas tonto. Cuando se trata de un trabajo especial, algo poco legal, es preferible elegir a un oficial ambicioso como el alférez. Creo, cariño, que ya sé el sistema para obtener de Lou Kung el permiso.

Adan la miró un poco asustado.

—Te temo, preciosa, cuando en tu mente empieza a bullir una idea.

—¿Es que no confías en mí?

—Oh, sí. Te espero en el puente. Allí me lo contarás.

La besó y salió del camarote. A solas, Alice empezó a vestir el uniforme con rapidez. Apenas estuvo lista llamó por el comunicador al sobrecargo y le dijo que quería ver cuanto antes al alférez Koritz.

—Dígale que vaya a la antesala del puente —añadió antes de cortar la comunicación.

Adan prestó atención al movimiento de labios de Alice cuando la nave *Zardal* se estableció en la órbita acordada. La comandante

habló un buen rato con el alférez. Koritz asintió varias veces con la cabeza y al final aparecía feliz.

Cuando Alice ocupó el sillón al lado de Adan, éste le preguntó:

—Es un buen oficial y no me gusta enviarlo a una misión como ésa. ¿Qué te ha dicho?

—Está encantado —sonrió Alice mirando por la pantalla mayor la imagen de Urtala. Ocupaba el planeta casi todo el rectángulo y lo encontró hermoso, esplendoroso en colores limpios que afloraban por entre las desgarradas nubes—. Me dijo que se aburría.

Minutos más tarde vieron que media docena de lanchas partían de la unex y empezaban a revolotear alrededor de la gran esfera de oro. Debajo de ellos los técnicos cumplían con su cometido con la acostumbrada eficacia, movimientos seguros y gestos precisos, justos. Ninguno de ellos podía imaginar lo que iba a suceder en breve, pensó Adan un poco dolido después de mirar al capitán Kelemen. Le desagradaba no haberle informado de la estratagema de Alice. Por Kelemen sentía un especial afecto. Era un tipo magnífico que desde el primer momento le aceptó como su superior pese a que anteriormente Adan estuvo bajo sus órdenes.

De pronto una luz roja se encendió en el panel del oficial de seguimiento. El encargado de las reparaciones externas anunció que una de las lanchas de revisión se alejaba de la *Silente* y caía sobre Urtala.

—Establezcan contacto con ella. ¿Quién está a bordo? —dijo Alice, imperturbable.

Una voz les informó por el comunicador:

—El alférez Koritz.

—¿No estaba fuera de servicio?

—Así es, pero relevó al teniente Carldio voluntariamente hace unos minutos.

—Lleve a cabo los trámites usuales —dijo Alice.

Volvió despacio la cabeza y enfrentó los ojos brillantes con Adan, como diciendo que todo iba según lo previsto.

—Ojalá no nos arrepintamos —dijo éste en voz queda.

Alice sonrió. Adan no la recriminaba en nada, sino que por el contrario aceptaba parte de la responsabilidad de ella. Pensó que era un encanto y le apretó la mano cercana queriéndole expresar así su agradecimiento.

Cuando al rato les informaron de la pérdida de la lancha de Koritz y el oficial de salvamento preguntó si debían bajar al interior de la atmósfera de Urtala, Alice respondió:

—Imposible sin contar con la debida autorización.

Seguramente en aquel momento todos los que la escucharon debieron de pensar que su comandante no actuaba como habían esperado. Para ellos, Cooper era capaz de vulnerar mil veces la Norma antes de poner en peligro la vida de uno de sus hombres. Si algún novato con poco tiempo en la *Silente* expresó a un veterano su decepción, éste le respondió que se mordiese la lengua y esperase antes de decir tonterías.

Se insistió repetidas veces en establecer contacto por radio con la lancha de Koritz. Todo resultó inútil. Adan hizo un gesto a su compañera, manifestando en silencio que ya estaba bien. Luego él mismo trabajó en la onda amplia de llamada y estuvo varios minutos intentando contactar con la superficie.

Al fin, cuando menos lo esperaban, una voz ronca surgió del altavoz y la pantalla permaneció apagada.

—… Sabemos de su presencia. No tenemos el menor interés en establecer relación alguna. Repito que no deseamos nada con ustedes…

Adan ajustó la sintonía, lamentando que el comunicador de Urtala fuera algo rudimentario y no pudieran ver el rostro de quien al fin les contestaba.

—Soy el comandante Villagran de la unidad exploradora *Silente*. Hemos llegado a su mundo con el propósito de descender y culminar una investigación de rutina por encargo del Orden Estelar…

—¡No queremos saber nada de ustedes! —estalló la voz—. Ya estuvo una nave hace algún tiempo y nos dio problemas. Deben marcharse.

—Imposible hacerlo, señor. Le llamo antes de lo previsto para solicitar permiso de exploración en un área de su planeta, donde suponemos ha caído una lancha de reparaciones con la cual hemos perdido el contacto.

—Insisto en que se marchen.

—Jamás lo haríamos dejando atrás a uno de los nuestros.

Siguió una sarta de imprecaciones que casi no pudieron

entender. El hombre debía de estar muy alterado. Adan sugirió:

—Encuentren ustedes a nuestro hombre. Tenemos instrucciones de no descender si así lo expresan.

—Maldita sea, comandante. Usted debe de saber que carecemos de medios para explorar el territorio desde el aire. ¿Es que no pueden hacerlo volver? Creí que sus medios eran casi ilimitados…

—Se rompió el contacto por radio. En estos momentos el oficial debe de haber caído en una zona prevista. No tardaríamos más de unas veinte horas en localizarlo si se nos autoriza a hacer descender una docena de pequeñas naves.

—¡No quiero que ese monstruo esférico se pose en nuestros prados!

—Acabo de decirle que sólo serían unas naves.

—Espere.

La pausa duró un buen rato. Después, la misma voz, algo más serena, dijo:

—Tienen mi permiso para una permanencia limitada. Acaban de confirmarme que un objeto sobrevoló las nubes a unos cincuenta kilómetros de la vertical de nuestra aldea. Luego se perdió el contacto.

—¿Cuál es su nombre, señor?

—Lou Kung.

—Señor Kung, situaremos nuestra base de operaciones cerca de la aldea si existe algún páramo donde no haya problemas. No es nuestro deseo causar daños en los cultivos.

—Está bien. Les espero. Ojalá encuentren pronto a su hombre y se marchen.

—Ése es también nuestro deseo.

Se oyó el chasquido de la comunicación al cortarse. Adan se volvió sonriente a Alice. Hizo una inclinación de cabeza y ella le aceptó, gozosa, el reconocimiento tácito de que su ardid había resultado.

—Espero que Koritz no se impaciente si tardamos un poco más de lo normal en rescatarle —dijo Adan.

—Ya le previne.

—Eres una diablesa.

Koritz se apresuró a esconder la pequeña falúa debajo de unos frondosos árboles. Sólo entonces inutilizó el sistema de dirección y

la radio. Si los nativos llegaban antes que los hombres del Orden y poseían nociones técnicas todo debía estar de acuerdo para hacerles creer que el accidente era real y no provocado.

Cuando el comunicador quedó inservible se sintió un poco desamparado. Ahora dependía exclusivamente de sus compañeros, pues pese a su precaución no suponía ser hallado por los humanos de Urtala.

Abrió la cabina y respiró el aire. Lo hizo primero un poco temeroso pese a saber que era adecuado. Lo encontró limpio y cargado de olores gratos, a bosque, tierra húmeda y pastos.

Tomó su arma reglamentaria y la ajustó al cinturón. Aunque la comandante Cooper le había asegurado que en el planeta no existían alimañas, según los informes recogidos por Goeltz, anduvo los primeros pasos con recelo, mirando a todos lados.

Los árboles eran altos y las copas cargadas de grandes hojas verdes y amarillas. La hierba que pisaba le llegaba hasta las rodillas y aún estaban brillantes por el rocío. En Urtala acababa de amanecer y la mañana era grata; apenas una brisa se filtraba por entre los árboles del bosque que comenzaba allí.

Había descendido en un amplio claro. Lo vio desde el aire y lo consideró un magnífico lugar, sobre todo porque poco antes había descubierto una granja. Si debía esperar bastantes horas estaría más cómodo alojado entre los humanos, pues al hallarse muy apartados de la aldea y sin medios de comunicación, no podrían alertar al jefe, el llamado Lou Kung, de la presencia del náufrago.

Claro que si sospechaba que en la granja hubiese algún tipo de radio o vehículo rápido se alejaría y permanecería en el bosque, cerca de su falúa.

De pronto la hierba pareció cobrar vida y Koritz se asustó. Enseguida se echó a reír porque descubrió el motivo: docenas de grandes liebres de diversos colores que se alejaron de él dando largos saltos.

Las había azules, rojas y marrones. Algunas tenían curiosas mezclas y se le antojaron extrañas, como si llevasen ropajes. Al cabo de un rato las liebres debieron de comprender que él no les haría ningún daño y siguieron pastando, indiferentes a su paso. Incluso algunas rozaron las botas del hombre y se restregaron contra ellas, retozonas.

4

Seguro de no ser escuchado por sus compañeros de tripulación, Silgur abandonó su postura sumisa y dijo a Rolf Dunger con tono áspero:

—Esos comandantes han logrado lo que no creíamos posible.

—Tú deberías haber pensado que para los del Orden Estelar no existen barreras, Silgur —sonrió, mordaz, Rolf.

—Déjate de sutilezas y olvida para siempre que yo fui primero miembro del Orden. Podrías cometer una equivocación fatal.

—En ese caso, si tanto temes que se sepa que perteneciste a la organización, deberías mantenerte oculto.

—Bah. No creo que nadie de la *Silente* me conozca. Sólo estuve en la unex de Goeltz y sé que todos mis antiguos compañeros están destinados en sectores muy alejados de aquí.

Estaban en la cabina de Dunger y Silgur se acomodó sobre la mesa del dueño de la nave, con indolencia. Encendió un cigarro y arrojó una densa bocanada de humo casi en el rostro de su interlocutor, porque sabía que a éste le desagradaba la vieja costumbre terrestre de fumar.

—No nos alarmemos ante la astucia de la *Silente*, Rolf. Nosotros habríamos bajado incluso sin permiso de Lou Kung.

—Por supuesto. —Dunger abatió con pesar la cabeza—. Ha sido lamentable la presencia de esa nave del Orden.

—Gracias a ella estamos vivos.

—Ah, aún quedan en ti rescoldos vivos —rió Dunger—. Se nota en tus ojos el viejo orgullo por la eficaz actuación de las armas del Orden.

—Cállate —gruñó Silgur—. Estamos metidos en un importante asunto y sería estúpido pelearnos. ¿Qué piensas hacer?

—Esperar.

—¿Hasta cuándo?

—¿Cómo puedo saberlo? Debemos mantenernos serenos. La *Silente* puede prohibirnos descender en Urtala mientras esté en este sistema solar, nada más. No pueden permanecer mucho tiempo aquí. Cuando se larguen actuaremos nosotros. Por muchas indagaciones que hagan no podrán sospechar cuáles son nuestras intenciones.

—Si tú lo dices…

—Claro que sí, amigo. ¿Qué tal está la tripulación?

—Un poco agitada, pero mis hombres de confianza la tranquilizarán. El ataque de los agerdanitas la puso nerviosa. Estamos reparando las averías y pronto estará todo en condiciones. No nos viene mal esta pausa.

Dunger se levantó. Tomó un recipiente con golosinas y empezó a llenarse la boca y a masticar con ansiedad.

—Daría cualquier cosa por saber qué están haciendo esos tipos del Orden allá abajo —masculló.

Silgur se encogió de hombros.

—Tal vez todo sea más sencillo de lo que pensamos. El alto mando debió de sentirse dolido porque una minúscula colonia rechazó al Orden y quieren asegurarse de que Goeltz no cometió una equivocación de bulto. A lo sumo estarán uno o dos días y luego se marcharán dejándonos el campo libre.

—Lo ves con demasiado optimismo, amigo. Ojalá sea así.

Koritz había atravesado el bosque. Creía no haberse equivocado de camino y estar cerca de la granja. Los árboles eran cada vez más escasos y pronto llegó al comienzo de la llanura. A lo lejos vio los sembrados y la pequeña casa de tejado rojo. La chimenea adosada a un lateral arrojaba una fina columna de humo.

Se quedó allí un rato, escrutando los alrededores a través de los anteojos. No descubrió ningún indicio de antena para algún tipo de comunicador ni vehículo mecánico. El sendero que conducía a la casa sólo mostraba huellas de ruedas de carro y las pisadas de algún animal de tiro, pesado y grande.

Cerca de los sembrados no había liebres. Las que le siguieron hasta fuera del bosque volvieron como buscando la protección de los árboles.

Fue caminando despacio hacia la casa. De pronto se detuvo,

cuando en el porche apareció una mujer. Llevaba falda de colorines y una blusa de hilo. La vio llevarse la mano a los cabellos y agitar el fuego que la coronaba. Era una pelirroja joven y aun desde allí pensó que muy bonita, cosa que confirmó a medida que se aproximaba, siempre con una amplia sonrisa en los labios para infundir confianza a la chica.

La comandante le sugirió que si podía esperar el momento del rescate en compañía de nativos sería mejor, ya que así en la aldea no dudarían de que él intento por todos los medios volver con los suyos con la ayuda de los humanos de Urtala.

La muchacha le había visto y no mostró ningún síntoma de asombro. Llevaba algo entre los brazos desnudos, una liebre pequeña que dejó saltar a la tarima de madera del porche. El animalito escapó trotando en dirección al bosque.

Koritz se preguntó qué estaría pensando la nativa. Allí no debían de recibir muchas visitas, sobre todo de seres procedentes de otro planeta debido a los pocos deseos del jefe de la comunidad a aceptarlas.

—Hola —dijo Koritz en lengua galacta. Al parecer los colonos, aunque no se sabía de dónde procedían, era el idioma que hablaban.

—Hola —respondió la chica.

Al estar cerca de ella, Koritz confirmó la primera impresión de que era muy bonita. Su pelo rojo le caía frondoso por los hombros descubiertos por el amplio escote de la camisa. Una cinta se la cerraba a medias y los senos blancos y erguidos atrajeron la mirada del alférez.

—Siento haberte asustado —empezó a sentirse un poco embarazado cuando ella se fijó en la pistola que colgaba del cinto.

—No, no me has asustado. Sólo estoy un poco sorprendida.

—Es lógico. Mi nombre es Ladislav Koritz.

—Yo soy Iroa.

El hombre del Orden Estelar hizo una pequeña reverencia.

—Te saludo, Iroa. No puedes estar enterada de que una nave procedente de la Tierra está dando vueltas alrededor de tu mundo, pero te lo digo para que sepas que yo pertenezco a ella. He tenido un accidente y me vi forzado a descender cerca de aquí. Con toda seguridad mis compañeros me estarán buscando.

Iroa mostró sus dientes perfectos y muy blancos en una abierta sonrisa. Koritz siguió sin poder abandonar su turbación ante la hermosura de la muchacha.

—Esto es muy interesante, Ladislav. ¿Por qué no nos sentamos en la sombra y me lo cuentas todo? Soy muy curiosa, ¿sabes?

Ella le tomó de la mano y Koritz se estremeció al contacto cálido de la piel femenina. Iroa le llevó hasta el pórtico. Allí había un banco de madera y ambos se sentaron muy juntos.

—¿Entonces no has podido enterarte de nada? —preguntó el hombre—. Quiero decir si es debido a que no dispones de algún tipo de radio.

—Nada de eso —rió Iroa—. Aquí estamos aislados, muy lejos de la aldea. Siento no tener en la casa un comunicador como el que posee Lou Kung. Eso serviría para que vinieran a rescatarte antes.

—Estoy pensando que no tengo ninguna prisa —susurró Koritz.

Nunca podría explicarse cómo lo hizo, pero se encontró con Iroa entre sus brazos, besándola y apretándola fuertemente contra su cuerpo. Mas al darse cuenta de que los labios de la chica no respondían como hubiera deseado, la soltó y enrojeció hasta la raíz de los cabellos.

Iroa no parecía enfadada ni ofendida. Se limitó a mirarle con curiosidad.

—Lo siento —ronqueó el terrestre.

Se maldijo, llamándose imbécil. ¡No solía dejarse llevar por los sentimientos! ¿Qué le había pasado? ¿Tanto le ofuscó la cercanía del cuerpo de Iroa?

Tal vez la placidez del lugar, el canto de los pájaros que no veía y suponía llenaban las copas de los árboles, el olor delicioso que emanaba de la chica… No podía encontrar una justificación a su acto por mucho que se esforzase. Se atrevió a levantar la mirada y se encontró con los ojos dulces de Iroa. Ella volvía a sonreírle, como si quisiera darle ánimos y disculparle al mismo tiempo.

—Estás sudando. Hace calor y llevas demasiada ropa. ¿No te apetece un refresco?

Ladislav se preguntó asustado si aquella invitación normal no encerraría algo más íntimo. La siguió al interior de la casa y allí, en el comedor, meneó la cabeza. No quería dejarse llevar por el impetuoso deseo de poseerla. Siempre se había tenido por un

hombre frío y calculador. ¿Acaso había algo en el aire del planeta que le excitaba?

El comedor resultó ser una pieza fresca y agradable. Los muebles eran caseros pero adecuados y bonitos. Había dos puertas al fondo. Por una de ellas vislumbró una cama amplia.

Iroa había entrado en la cocina y regresó con un vaso lleno hasta el borde con un líquido rosado y saturado de escarcha.

—Bebe —dijo ella—. Está hecho de jugo de frutas. Te calmará la sed.

Sin dejar de mirarla, Koritz se despojó del traje de vuelo y el cinturón con el arma. Se quedó con el ligero uniforme negro y plata. Tomó el vaso y se lo llevó a los labios. Si allí había algún veneno no sería capaz de defraudar a Iroa rechazándolo.

Mientras bebía y notaba el agradable frescor en su garganta, Iroa le dijo:

—Es muy buena; también la bebida preferida de Ordian.

Koritz despegó los labios del vaso.

—¿Quién es Ordian?

—Mi compañero. Ahora está fuera, pero regresará pronto.

Aunque el piso pareció oscilar bajo sus pies, Ladislav consiguió articular:

—Deseo conocerle.

5

Fueron recibidos por el jefe de la colonia. Adan y Alice tenían formada una imagen mental del viejo basándose en la voz. Efectivamente, como habían supuesto, Lou Kung era un hombre viejo, de encorvadas espaldas y lento caminar. Su mirada enmarcada por profundas ojeras mostraba cansancio, hastío hacia todo cuanto le rodeaba.

—Soy Lou Kung —dijo el anciano sin tenderles la mano—. Pese a todo, bienvenidos a Urtala.

Adan dio su nombre y el de su compañera. Luego señaló al páramo donde estaba detenida la nave de desembarco, a sus espaldas y a una distancia de más de doscientos metros.

—Si no tiene inconveniente diré a mis hombres que pueden bajar los deslizadores personales. Será el medio más adecuado para buscar al oficial Koritz. Son muy maniobrables y poco ruidosos —sonrió—. No queremos perturbarles.

Miró por encima de los hombros del viejo, interesándose por las casas de la cercana aldea. Apenas un par de pequeños edificios construidos con maderas, de una sola planta. La encontró cuidada y agradable. Sólo el hecho de no ver colonos salir de aquéllos para curiosear le sorprendió un tanto. A lo lejos, entre unos árboles de la pequeña plazoleta, descubrió una pareja que caminaba agarrada del brazo. No se detuvieron en su paseo y doblaron por la primera casa, sin dirigirles una mirada inquisitiva.

Ni siquiera el siguiente despliegue de las tropas del Orden en el páramo y la partida de los deslizadores que se elevaron hacia el cielo despertó la más mínima curiosidad.

Frente a los comandantes, el viejo líder parecía sonreír torvamente.

—Vengan —dijo de repente—. En mi casa aún conservo unas botellas de cuando llegamos a este mundo. ¿Quieren una copa?

—Sí, claro —replicó Alice.

Entraron en la aldea y caminaron por las pequeñas y limpias calles. Al final de la arteria principal que cruzaba la plazoleta se alzaba una casa algo mayor que las demás. Los dos terrestres pensaron que debía de ser la residencia del jefe. Anduvieron hacia ella mientras los colonos salían y entraban sin apenas dirigirles una mirada interesada.

—No parecen ser muy curiosos —dijo Alice, no pudiéndose contener por más tiempo.

—Saben comportarse. Además, aún recuerdan la otra vez.

—¿Se refiere a la visita del comandante Goeltz?

—Sí, creo que así se llamaba ese hombre tan terco. Entren.

Habían llegado a la casa del viejo y éste empujó la puerta. Al otro lado del pequeño vestíbulo había una habitación amplia. Su llegada hizo que un joven que leía un libro se levantase. A su lado había un transmisor. Sonrió al verlos y luego intentó seguir leyendo, pero Alice dedujo que el libro apenas captaba su interés ya. La pared frontal estaba cubierta por estanterías repletas de libros. En el suelo se desparramaban cajas por las que afloraban montones de papeles.

—Siéntense —dijo el viejo señalando unas sillas. Les volvió la espalda y trasteó en una alacena llena de botellas.

Eligió una y regresó portando además tres vasos, que llenó y ofreció a los visitantes.

—Es un vino muy viejo y suave —dijo Lou bebiendo el primer trago. Chasqueó la lengua con deleite.

Alice y Adan tuvieron que admitir que pocas veces habían probado algo tan exquisito. El viejo se llenó su vaso y pareció olvidarse de preguntar a sus invitados si querían otra copa.

—Señor Kung, ¿puede decirnos por qué no aceptaron que la nave del comandante Goeltz aterrizara?

El viejo miró a la mujer ladeando la cabeza.

—Es usted muy directa para ser mujer.

—Soy comandante del Orden Estelar —dijo Alice y añadió—: Como Goeltz.

—Ustedes han sido más sagaces que él —rió Kung.

—¿Qué quiere decir?

—Al menos se han molestado en buscar una artimaña para

curiosear. Goeltz no usó medios semejantes. Furioso ante nuestra negativa envió a uno de sus sicarios en una nave.

—Estuvo poco tiempo…

—¿Poco? —exclamó el viejo—. ¡Dos días husmeando por ahí! Tuve que ponerme serio con ese entrometido comandante y gritarle que si no ordenaba a su espía que se marchase iba a denunciarle.

Alice y Adan se preguntaron cómo habría formulado el viejo la denuncia en nombre de su comunidad, sin medios para enviar un mensaje a las estrellas. Si sólo disponían del comunicador que había cerca de la entrada difícilmente podrían llegar más allá del sistema planetario de Urtala.

Al menos ya sabían que quien bajó a Urtala no permaneció unas pocas horas, sino dos días, más o menos completos. ¿Quién fue?

Adan lanzó un poco a ciegas el dardo.

—Silgur les provocó, ¿no?

—¿Silgur? ¿Quién es ése?

—Pensé que así se llamaba el hombre que estuvo dos días en la superficie. ¿Dónde concretamente?

—¡Qué sé yo! Tal vez anduvo por las granjas. Existen bastantes, algunas alejadas casi cien kilómetros.

»Goeltz estuvo hablando conmigo horas y horas por el comunicador. Prometió toda clase de ayuda. El Orden nos ampararía y regalaría infinidad de cosas. ¿Para qué necesitamos nosotros más de lo que tenemos? Nuestra vida es sencilla y nos gusta tal como es.

—¿De dónde llegaron?

—¿Quiere saber cuál fue nuestro mundo de origen?

—Sí.

El viejo se encogió de hombros. Jugueteó con el vaso medio vacío.

—Qué más da. Un mundo cualquiera donde las guerras no dejaban vivir en paz a los hombres de buena voluntad; por eso nos marchamos y destruimos la nave cuando arribamos a este idílico mundo, decididos a no marcharnos.

—¿Lo pensaron así cuando comprobaron que no había peligro?

—¿Peligro para nosotros en Urtala? —el viejo rió roncamente.

—Me refiero a nativos hostiles, animales peligrosos o virus ante los cuales no estaban inmunizados.

Kung meneó la cabeza.

—Bah. Llevamos aquí un montón de años. Nadie enfermó jamás. Y no hay animales salvajes. Abundan las liebres y los pájaros. Quizás en otras regiones exista una fauna algo más feroz, pero en esta parte todo es un remanso de paz. Los pájaros nos llenan el aire con sus cantos y a todos nos gustan tanto las liebres que nunca hemos matado una. Son divertidas y vistosas. Quizá vean algunas.

»El comandante Goeltz me explicó que el Orden debe velar por las colonias indefensas, protegerlas del saqueo de los piratas o invasiones de estados bárbaros. ¡Qué tontería!

—Antes de llegar tuvimos que defender a una nave de Belgunt de un ataque de piratas agerdanitas.

—Con ustedes llega la violencia —masculló Lou.

—Cuando nos marchemos…

Adan iba a decir que Rolf Dunger intentaría inspeccionar el planeta, que su nave orbitaba un poco más retirada que la *Silente*. Un gesto de Alice le hizo callar. Ella quería omitir por el momento la presencia de la nave *Zardal*.

—Cuando ustedes se marchen nos quedaremos tranquilos —terminó el viejo—. No se inquieten por nosotros. No somos… ¿cómo los llaman ustedes?

—Mundos Olvidados.

—Eso es. Nunca pertenecimos al extinguido Gran Imperio, que el diablo confunda. Somos libres, según proclama la Norma del Orden Estelar.

—Así es —tuvo que admitir Adan.

Entonces el joven que leía se levantó y salió de la casa tras saludarlos.

—¿Quién es? —preguntó Alice.

—Ah, es mi hermano Michael —dijo el viejo con indiferencia.

Alice parpadeó. Aunque no le había prestado mucha atención creía que el muchacho no tendría más de veinte años.

No hizo ningún comentario respecto a la excesiva diferencia de edad apreciable a simple vista. A veces en las comunidades pequeñas solían darse casos similares debido a la escasez de hombres o mujeres.

Por su parte, Adan se acercó a un cuadro que adornaba la pared y estuvo un instante contemplándolo. Buscó la firma del artista en

el ángulo inferior izquierdo. Era un paisaje de la aldea. Reconoció algunas casas. Debajo de la firma había una fecha.

—¿Quién lo pintó? —preguntó al viejo—. ¿Usted?

—No. Fue Michael. Hace tiempo le dio por pintar. Había algo de pintura y unos lienzos. Yo le insté a que siguiera, pero no me hizo caso. Realizó varios cuadros y los regaló todos.

Alice apreció la calidad de la pintura.

—Es una lástima que no siguiera —dijo—. Tiene cualidades. Hoy en día son pocos los artistas que ejecutan pinturas al óleo.

Estuvo tentada de preguntar si lo vendía. ¿Con qué dinero podría pagarlo? Allí no debían usarlo. Quizás a cambio de alguna mercancía… Pero antes de proponer algo quería investigar y evitar cometer una indiscreción.

Michael volvió a entrar. Miró a los comandantes y dijo a su hermano:

—Fuera espera un soldado. Dice que sus jefes deben ir inmediatamente a la nave auxiliar.

El doctor Hormun los recibió excitado en el pequeño laboratorio, donde estaba llevando a cabo unas urgentes pruebas de las condiciones de Urtala.

—¿Qué pasa, Hormun? —preguntó Alice—. Nos ha interrumpido una interesante conversación con el jefe Kung.

Hormun, un nativo de Vega, esgrimió sus pruebas documentales. Su piel clara se tornó roja cuando dijo:

—Aún me quedan algunas comprobaciones que hacer, pero puedo adelantarles que es mi deber poner en su conocimiento el peligro que estamos corriendo en Urtala.

—¿A qué se refiere? —inquirió Adan—. Éste es un planeta
A-l
, lo que significa que nuestros cuerpos nada tienen que temer.

—Es posible, pero no aceptaré ninguna responsabilidad si todo el personal de la *Silente* en la superficie no es vacunado inmediatamente. ¿Pueden decirme cuánto tiempo estaremos aquí?

—No lo sé exactamente —replicó Alice—. A lo sumo dos o tres días.

Hormun se encogió de hombros. No parecía tan alarmado.

—No es mucho. El virus que he detectado en ciertas plantas y en el agua es muy singular. Actualmente está en estado inocuo, pero en

cualquier momento puede despertar. Es una variante de la enfermedad que se localizó en los mundos del Quinto Círculo. Nace en alguna forma de vida no carbónica y se mantiene incluso en el aire por muchos siglos. Ataca sólo a los humanos.

—¿Qué efectos produce?

—Primero esteriliza a hombres y mujeres y luego, unos años después, los mata. El tiempo en que les llegue la muerte depende de las propias defensas si no son vacunados. Se dan casos también de completa inmunidad, pero es muy raro. El virus en cuestión es virulento cuando despierta y luego va muriendo. Yo diría que aquí estalló con violencia y ahora se encuentra en estado catatónico.

Alice se rascó el mentón.

—¿Procedemos a la vacunación? ¿Incluyendo a los nativos?

El doctor movió la cabeza.

—No sé qué pensar. Estoy algo confundido. Toda esta gente parece sana. Quizás el virus no les haya atacado nunca o lo hayan vencido debido a sus propias defensas. Me gustaría saber de dónde proceden.

—El jefe eludió decírnoslo.

—¿Qué hago entonces? —preguntó Hormun.

—No comente nada de esto con nadie y tenga preparadas las vacunas —dijo Adan—. Y manténganos al corriente de todo. ¿Algún peligro más?

—Por el momento, no. También he investigado algunas aves. Me habría gustado atrapar algún conejo de esos que corretean lejos, pero son muy escurridizos. Además…

—¿Qué más hay?

—Cuando envié a mi ayudante a atrapar uno acudieron varios nativos y se pusieron muy furiosos. Es como si los considerasen algo intocable.

—Entonces no insista. No debemos provocar incidentes. Ya es bastante precaria nuestra estancia en Urtala. Tengamos cuidado.

De nuevo fuera de la nave, y después de dejar atrás el pequeño campo donde aún permanecían algunos deslizadores a punto de levantar el vuelo para unirse a los grupos de búsqueda, Alice preguntó a su compañero:

—¿No has notado como yo algo muy particular en esta colonia?

Adan negó con la cabeza.

—Quizás hayan sido demasiados. ¿A cuál en particular te refieres?

Se habían aproximado a la aldea. Vieron a los primeros nativos pasear indolentemente bajo la sombra de los grandes árboles.

—No hay niños en Urtala —dijo Alice.

—Tal vez están en la escuela.

—¿Qué escuela? Míralos. Todos son jóvenes, entre veinte y treinta años y se ven sanos. ¿Por qué no tienen bebés? No hemos oído el más mínimo llanto alegre de un niño.

—¿La enfermedad a que se refirió Hormun?

—Puede ser. Tal vez les afectó a todos hace tiempo. Adan sonrió amargamente.

—Ahora debo contarte lo que he visto en el cuadro que me sorprendió.

—Me gusta esa pintura y me agradaría tenerla para colgarla en nuestro dormitorio —rió Alice.

—Me refiero a la fecha en que fue pintado. Está debajo de la firma de Michael Hunt. Es del año 908.

—Eso no nos dice nada. Existen miles de eras en la galaxia. No todo el mundo se rige por el calendario terrestre.

—Al lado de la fecha están las letras E y D. Significan Era de Dirmalae.

—La Era de Dirmalae la usan en miles de mundos.

—Es igual. Conozco la conversión de Dirmalae a la nuestra. El cuadro fue pintado hace quince años. Michael debe de tener ahora unos veinte. ¿Te lo imaginas ya como un maestro a los cuatro o cinco años de edad?

Alice negó en silencio.

—Lou Kung aparenta unos setenta u ochenta. ¿Qué enigma es ése?

6

Al atardecer llegó Ordian. Iroa salió a recibirle y Koritz se mordió los labios cuando los vio abrazados y llenarse de besos.

Hasta aquel momento, Iroa había pasado todo aquel tiempo preparando la comida, cantando suavemente y respondiendo a las preguntas del alférez. Aparentemente había olvidado el arrebato del terrestre al besarla.

Ordian era un joven de agradable aspecto, alto y fuerte, muy extrovertido. Sonreía constantemente. Ladislav lo estudió ansioso cuando la mujer le dijo que él había pasado toda la tarde en su compañía. Se sintió dolido cuando no vio ningún gesto de ofuscación en el nativo, expresión de celos al menos.

—Confío en que mi esposa le haya tratado convenientemente, señor Koritz —dijo Ordian tendiéndole la mano.

El alférez se la estrechó y notó algunas durezas. Era la mano de un agricultor.

—Mi vehículo está en el bosque —dijo Koritz—. No tardarán mucho en venir a buscarme, aunque me temo no sea hasta mañana.

—Magnífico. Entonces esta noche dormirá aquí -sonrió Ordian. —Será nuestro huésped.

—Cuando cenemos prepararé la habitación de los invitados —añadió Iroa palmeando de alegría, tanta que sorprendió a Koritz.

Al marcharse la chica a la cocina, Ordian dijo:

—No recibimos muchas visitas. A Iroa le agrada mucho que vengan a visitarnos.

—¿Tanto tiempo hace que no tienen visitantes?

La pregunta turbó momentáneamente al nativo. Movió la boca y no salió de ella ningún sonido. Luego sonrió y dijo:

—Me he expresado mal. Cuando venía hacia aquí vi sobrevolar el bosque algún extraño aparato. Seguramente serán sus compañeros. ¿No puede llamarles por radio?

—Está averiado mi comunicador —dijo Koritz. No se encontraba a gusto ante Ordian. Antes había pensado que le habría resultado muy agradable que Iroa no esperase a nadie, que aquella noche fuera para él—. Pero cuando puedan triangular la zona reducirán el terreno y me localizarán enseguida.

Estuvo a punto de añadir que debía volver pronto junto a su nave y esperar. Por algún motivo que no sabía explicarse no deseaba quedarse allí a pasar la noche. Le aterrorizaba la idea de dormir cerca de la pareja y la posibilidad de oír en el silencio nocturno sus jadeos al hacerse el amor.

La comida resultó abundante y exclusivamente vegetariana. Pero Ladislav la encontró apetitosa y lo manifestó varias veces. Los anfitriones le dieron las gracias. Luego hubo jugo de frutas en el cual el alférez creyó notar algo de alcohol.

Entonces Iroa cantó acompañada por un instrumento de cuerdas que manejó con soltura su compañero. A continuación bailó una danza de lentos y suaves movimientos que ensimismó a Koritz e hizo que su mente se llenara de pensamientos, en los cuales él yacía entre los brazos de Iroa mientras Ordian estaba lejos cultivando los campos.

—Debemos descansar —propuso Ordian—. Nuestro hombre de las estrellas estará agotado y querrá recuperar fuerzas.

Iroa recogió los platos y Koritz se ofreció a ayudarla. Ella se opuso alegando que a la mañana siguiente los lavaría. El hombre le señaló la habitación y deseó las buenas noches a Koritz. El cuarto era pequeño, así como la cama, pero se veía cómoda y las sábanas relucían limpias y blancas.

—Que descanses, amigo —dijo Ordian.

—Felices sueños, hombre de las estrellas —le sonrió la muchacha. Tomó las manos de Koritz y las acarició.

Koritz apenas pudo asentir con la cabeza, aturdido. Le cerraron la puerta al salir. Sabía que el dormitorio de los nativos estaba al lado del suyo, al otro lado de la delgada pared de madera.

Pero el más absoluto silencio reinó en la casa durante toda la noche y a Ladislav le costó mucho conciliar el sueño.

En la nave auxiliar situada a poca distancia de la aldea, Alice y Adan durmieron pocas horas. Se levantaron pronto y estudiaron los informes de los rastreadores. La lancha del alférez Koritz había sido

localizada y marcada su situación. El rescate se haría efectivo cuando la paciencia de los nativos fuera ostensible o el jefe de la comunidad les dijera que debían abandonar Urtala. Querían apurar hasta el máximo su permanencia allí, a no ser que Hormun les recomendase que partieran para eludir el peligro de la enfermedad detectada. Alice encontró a Hormun en el exterior. Recogía muestras del suelo y de las plantas. De pronto se dio cuenta que Adan no estaba a su lado. Conversó un rato con el doctor, hasta que Villagran apareció en el dintel de la esclusa y la llamó.

—¿Qué sucede? —preguntó ella al verle algo preocupado.

—Ayer te dije que el cuadro fue pintado hace quince años, ¿no?

—Así es.

—Me equivoqué. He consultado unos datos. El 908 de la Era de Dirmalae fue hace cuarenta años.

—Eso no puede ser —susurró Alice. De pronto el idílico amanecer de Urtala le pareció horrible.

—Esta vez es cierto.

—Michael no había nacido.

—Entonces el cuadro lo pintó otra persona o existió un error al datarlo.

Alice puso los brazos en jarra y se giró hacia la aldea. Aún no había nadie en las calles. Todo en ella irradiaba silencio y misterio.

Adan bajó hasta ponerse a su lado y le pasó la mano por los hombros.

—Cariño —dijo—, me temo que nosotros estamos sin averiguar nada, perdiendo el tiempo. Mientras tanto, otros conocen todo lo relativo a Urtala y esperan pacientemente a que nos marchemos dejándoles el campo libre.

—¿Te refieres a Rolf Dunger?

—Desde luego. Él ha venido a por algo concreto. Sabe lo que busca.

—¿Cómo podríamos sacarle la verdad? Sería más fácil obtenerla de Dunger que de cualquiera de estos nativos.

—Pienso como tú. Dunger no estaría dispuesto a contestar a nuestras preguntas. Ni tampoco Silgur, el exmiembro del Orden. Algo debió descubrir en Urtala que se reservó para sí.

—Obviamente algo que deberá reportarle beneficios que compartirá con Dunger, el socio capitalista de la operación.

—Sí. Dunger trabaja por su cuenta.

—¿No estará implicado en el asunto el Gobierno de Belgunt?

—En absoluto. En Belgunt hay problemas políticos. He mirado el archivo. Actualmente rige un sistema democrático que una pequeña minoría pretende derrocar para implantar una política de expansión planetaria.

—¿Guerra?

—La desean unos pocos.

—¿Dunger?

—¿Quién sabe? Tal vez sea un halcón en lugar de una paloma. Ha venido a Urtala en busca de algo que le dará dinero… o poder.

Alice se mordió los labios.

—No podemos hacer nada. Nuestra estancia en Urtala es limitada. Cuando nos marchemos no podremos impedir que Dunger baje y haga lo que quiera. Incluso si maltrata o mata a algún nativo estaríamos imposibilitados a intervenir a no ser que seamos requeridos por Lou Kung para protegerlos.

—Para entonces estaríamos muy lejos. Recuerda que el comunicador de la aldea es de muy poca potencia.

Alice empezó a sonreír.

—Creo que podríamos encontrar algo.

Adan la miró con alarma.

—¡Pobre Norma! —exclamó—. ¿Estás pensando en vulnerarla otra vez?

—Yo nunca la he vulnerado. Me limito a interpretarla a mi manera. ¿Qué harías tú en mi lugar?

—Buscar el modo de engañar a Dunger, dejarle actuar para que descubra su juego. Pienso que si yo me quedo disfrazado de aldeano y oculto…

—¿Por qué tú? —protestó Alice—. Maldita sea, Adan. Eso mismo estaba pensando yo, pero deseo ser quien se quede. Tú deberías enviar un mensaje a Dunger advirtiéndole que nos marchamos.

—Ah, no. Puede haber peligro. Para ti, claro.

Alice amplió su sonrisa. Sacó una moneda de cinco créditos que lanzó al aire. Antes que cayera, sugirió:

—Elige.

Despertó con las primeras luces del alba y saturado de una

extraña sensación. Koritz miró la ventana. El cárdeno amanecer que surgía del horizonte y el silencio de la casa le produjeron un profundo malestar.

Sin hacer el menor ruido se vistió con el uniforme negro y plata. Recogió las ropas de vuelo y las metió en la bolsa.

Abrió la puerta. El comedor estaba vacío. La cocina, sin la presencia de Iroa, le pareció irreal. Pudo ver desde allí el dormitorio de los nativos. No había nadie. Estuvo a punto de llamar cuando al mirar por la abierta entrada de la casa descubrió a la muchacha dirigirse hacia el bosque. Corría por el prado precedida de un grupo de conejos saltarines y de vivos colores.

Ladislav soltó la bolsa y salió al exterior. Ahora Iroa corría más velozmente. Antes que ella alcanzara los primeros árboles decidió seguirla. Corrió todo lo rápido que pudo. Desistió de llamarla. Quería averiguar adónde iba y qué había pasado con Ordian.

Entonces escuchó el estridente y bullicioso trino de los pájaros. El día anterior no parecían tan alborotados. ¿Acaso se comportaban así sólo al amanecer?

Por un momento perdió de vista a Iroa, pero el llamativo vestido rojo de la muchacha le ayudó a descubrirla otra vez caminar en dirección a un grupo de enormes árboles. El grupito de animales continuaba delante de ella.

Se sintió ridículo allí, espiando a la nativa. ¿Qué derecho tenía él a inmiscuirse en asuntos que le eran ajenos?

Del cielo le llegó un zumbido lejano. Alzó la mirada y descubrió un destello, seguramente un rastreador que le buscaba.

¿Habían decidido sus jefes que era el momento de llevar a cabo el rescate y dar por terminada la estancia en Urtala?

Al volver la mirada al lugar donde había visto a Iroa por última vez no la encontró. Había perdido su rastro a causa de la presencia del rastreador.

Anduvo unos metros intentando encontrar las huellas de la muchacha. Estaba a punto de volver a la casa para recoger el equipo de vuelo, dispuesto a esperar junto a la lancha los acontecimientos. De pronto oyó un sonido que no podía ser emitido por ningún pájaro. Era como un silbido agudo. Localizó de dónde procedía y caminó hacia allí con cautela.

Lleno de desazón pensó que, si en el bosque existían animales

peligrosos, Iroa podía estar en peligro. Rozó con los dedos la culata de su láser y siguió adelante guiándose por el silbido.

De pronto oyó un nuevo sonido, ronco éste y un poco descompasado.

No lo pensó más y empuñó la pistola. Caminó hacia el interior del denso grupo de árboles. Apartó unos matorrales y llegó a un pequeño claro. Se detuvo allí, con el arma amartillada y no dando crédito a lo que veían sus ojos.

Se le nubló la visión y enturbió el entendimiento. En medio del claro, sobre el arrugado vestido rojo de Iroa, dos seres de lejana apariencia bípeda se revolcaban como parodiando una cópula humana. Eran del tamaño aproximado a un hombre y su piel brillante y gris le resultó nauseabunda. Estaban acoplados, abrazándose con sus largos miembros casi tentaculares.

Eran esos seres los que emitían los silbidos, como si fueran manifestaciones de gozo.

Koritz lanzó un grito de agonía y apretó el disparador del láser contra las bestias.

El sonido de la descarga violó el silencio del bosque, donde desde hacía rato los pájaros estaban enmudecidos. A raíz del disparo se produjo un revuelo en las copas de los árboles y miles de alas se abrieron y volaron hacia el cielo.

Uno de los seres fue alcanzado, saltó separándose del otro y cayó sobre sus inhumanas espaldas, se revolcó y dos ojos redondos y rojos dirigieron a Koritz una mirada lija y resentida antes de hundirse en la masa pulposa que podía ser la cabeza.

El otro, monstruo para la opinión frenética de Koritz, se deslizó de la tela escarlata usada como tálamo y trató de alejarse. No pudo hacerlo. También estaba herido, un agujero mortal en el rudimentario hombro derecho por el cual salía un fluido pardo.

A continuación se produjo en el herido una convulsión. Ladislav gritó desgarradoramente.

Y perdió la lucidez y así permaneció hasta que algún tiempo después fue encontrado por sus compañeros.

Alice había buscado al jefe Lou Kung para notificarle que un rastreador había localizado el vehículo perdido del alférez Koritz, por lo que su estancia en Urtala llegaba a su fin.

Estaba delante del anciano cuando algo conmocionó a toda la

apática aldea.

Los hombres y mujeres salieron de las casas despavoridos. Al ver a Alice con Lou conversando en medio de la plaza dieron media vuelta y se alejaron de ellos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Alice.

El viejo no le respondió. Corrió renqueante hasta el grupo más numeroso de colonos. Entre ellos estaba Michael, el joven hermano de Lou, muy serio, inexpresivo. Ambos acercaron tanto las cabezas que Alice no pudo estar segura si dialogaban o no.

Lou volvió junto a la comandante. Parecía haber envejecido unos años en apenas dos o tres minutos.

—Deben marcharse inmediatamente.

—¿Qué ha pasado?

—Ha ocurrido lo que temíamos. Una muerte. Aquí nunca ha habido violencia. ¡Ustedes la han traído consigo!

—Explíquese.

—No estoy obligado a dar explicaciones. ¡Váyanse!

Apenas regresen los rastreadores deberán partir. Una vez en su nave nodriza quiero que desaparezcan de nuestros cielos.

—¿Qué le ha dicho Michael? ¿Le ha ocurrido algo al alférez Koritz?

—Ese hombre llamado Koritz es el causante de la muerte. Si tuviéramos leyes como las de ustedes deberíamos ejecutarle.

—Si ha cometido algún delito tendrá su castigo —dijo Alice, nerviosa. De soslayo miró hacia el campo, donde yacía la nave auxiliar. ¿Por qué no estaba con ella Adan? Lo necesitaba.

—Ha matado.

—¿A quién?

—A un lurho.

—¿Qué son los lurhos? —preguntó Adan mientras dos soldados introducían en la enfermería al inconsciente Ladislav Koritz.

El doctor cerró la puerta prometiendo que pronto les diría cómo se encontraba el paciente.

Alice suspiró y tomó asiento.

—Esas llamativas y enormes liebres que nos llamaron la atención.

—¿Tanto escándalo por un animal? —exclamó Adan.

—Al parecer son muy apreciados por los colonos. Ellos nunca

comen carne. Son estrictamente vegetarianos. ¿Han vuelto todos los rastreadores?

—Sí. Ya no hay nada que justifique en Urtala nuestra presencia. Nos elevaremos dentro de diez minutos.

Adan paseó por el reducido cuarto, echando vistazos a la puerta cerrada de la enfermería. Al otro lado había un pasillo donde un soldado esperaba órdenes. El comandante lo envió a la cabina del piloto para que dispusiera la partida inmediatamente.

—Ahora no podrás quedarte, cariño. Esta gente está alterada y podría volverse peligrosa —dijo Adan. Movió la cabeza—. No me explico tanto revuelo por un conejo de colorines.

—El hombre que encontró a Koritz dice que estaba sin sentido en un pequeño claro, a medio camino de donde se ocultaba la lancha y una pequeña granja. El alférez balbuceaba palabras incoherentes y decidió dormirlo para poder meterlo en el rastreador. En su mano sostenía el láser con el cual había disparado hacía poco.

—¿Por qué disparó Koritz contra un animalito inofensivo? Es un muchacho sensato y sabía que nuestra situación en Urtala era precaria —lanzó una maldición—. Ha precipitado nuestra marcha.

Alice se levantó.

—No la mía; yo me quedo.

—Reconsidéralo. No permitiré que te quedes. En todo caso sería yo quien…

—Ambos tuvimos la idea, más o menos la misma; pero la moneda me dio a mí la suerte. ¿Acaso no respetarás lo pactado?

Adan fue a protestar, pero la firme decisión de Alice le hizo desistir. Forzó la acostumbrada sonrisa que utilizaba cuando ella se salía con la suya y dijo:

—Está bien. Al menos conservarás un transmisor para mantenerme al corriente.

—Desde luego.

—¿Lo tienes todo preparado?

—Sí. Me ocultaré en el bosque. En una bolsa tengo un traje como el que usan las mujeres de la colonia. Pero antes…

—¿Qué?

—Desearía irme sabiendo que Ladislav está fuera de peligro.

—No tiene heridas.

—Tal vez tenga dañada la mente.

En aquel momento salió el doctor Hormun. Traía la cara sombría. Con las manos en los bolsillos miró a los comandantes y empezó a dar su informe.

7

Arropada por los arbustos, Alice vio cómo se perdía entre las nubes del atardecer la nave auxiliar. En el páramo apenas quedaron rastros de su permanencia. A lo lejos la aldea yacía en su quietud acostumbrada una vez pasada la conmoción ocurrida pocas horas antes.

La comandante vestía unos pantalones amplios y una camisa verde de mangas cortas. La pistola la llevaba oculta debajo. En un bolsillo conservaba el minúsculo comunicador capaz de ponerla en contacto con la *Silente* cuando ya estuviera a muchos millones de kilómetros de Urtala.

Provista de un anteojo estuvo echando vistazos a la aldea. Una vez, muchos colonos salieron de ella por el camino opuesto al bosque, siguiendo la vereda que conducía a los sembrados. Volvieron al cabo de un par de horas y entraron en la casa del viejo.

Zumbó su transmisor y la voz de Adan se escuchó lejana:

—Alice, he situado a la *Silente* a un año luz. Cuando nos alejábamos de Urtala advertí a Rolf Dunger. ¿Ha llegado ya?

—Aún no. Será difícil que utilice nuestro mismo punto para tomar contacto con Urtala. Te llamaré más tarde, cuando sepa algo.

—Adiós, cariño. Te echo de menos.

—Yo a ti también.

Se guardó el transmisor y recordó el informe del doctor Hormun. Koritz se recuperaría pronto. Había sufrido un trauma y su subconsciente reveló lo acontecido.

El alférez había perdido la razón momentáneamente, creyendo que un par de seres con lejana apariencia humana devoraron a la nativa llamada Iroa, que había despertado una súbita pasión en Ladislav.

El disparo mató a uno de los seres e hirió mortalmente a otro. El

segundo, antes de morir, cambió de forma que ni siquiera la mente perturbada de Koritz pudo registrar en el subconsciente. Tendrían que esperar a la total recuperación del oficial para conocer la verdad.

El piloto del rastreador que lo condujo a la nave auxiliar sólo pudo reportar que en el claro nada más había unas manchas como de grasa derretida… y un resto de vestido rojo. Los siguientes acontecimientos les impidieron confirmar la existencia de una joven pareja de agricultores en la granja, llamados Iroa y Ordian.

Alice retrocedió unos pasos y echó unas ramas más sobre el deslizador personal que tenía oculto entre dos árboles. Luego salió del bosque y se dirigió a la aldea. Aunque los residentes no eran muchos a aquellas horas próximas a la noche, las sombras podrían ayudarla a confundirse con cualquier nativa. Quería oír algo que la ayudase a desentrañar el misterio.

Entró algo indecisa por las primeras calles. Pasó cerca de algunos colonos. No se atrevió a volver la cabeza, pero presintió que era objeto de miradas.

Cuando llegó a la plaza encontró en el otro extremo a Michael. El joven hermano del jefe tenía fijos sus ojos en ella. Cuando llegó al centro de la explanada desvió la dirección de sus pasos, pero la voz del menor de los Kung la hizo detener.

—Quiero hablarle, comandante.

Alice apretó los labios. No había durado mucho el disfraz. ¿Cómo la había reconocido tan pronto si apenas había claridad ya?

Michael empezó a caminar hacia ella y Alice observó que casi toda la comunidad de la aldea permanecía en los extremos de la plaza, vueltas las miradas en su persona.

Cuando Michael llegó a un metro, dijo:

—¿Por qué se ha quedado?

Alice hubiera deseado preguntar cómo la había identificado tan pronto, pero respondió:

—Ya dije a Lou Kung que antes de nosotros bajar tuvimos que defender a una nave de Belgunt de un ataque de los piratas de Agerdan. Quedó en una órbita cercana a Urtala y en cualquier momento puede descender. Yo quiero saber qué pretende Rolf Dunger, su amo.

—Seguramente se refiere a la nave que descendió hace unos

minutos.

—¿Cómo lo sabe?

—Me lo acaban de comunicar.

—¿Dónde está su hermano?

—Se emborrachó con las últimas botellas que le quedaban.

Alice le miró fijamente.

—¿Usted es el jefe ahora de la aldea?

Michael hizo un ademán con el brazo derecho que abarcó a todos los curiosos aldeanos que formaban un círculo alrededor de ellos.

—Todos somos los jefes.

La muchacha aspiró profundamente.

—Dígame en qué lugar ha descendido la nave de Dunger.

—Cerca de la granja donde Koritz mató impulsado por su obcecación.

Enseguida, ella se preguntó si la dejarían salir de la aldea. Notaba algo fluctuante en el ambiente, como oleadas crecientes de hostilidad. Pero la mirada de Michael era serena, incluso amistosa.

—¿Saben lo que busca Rolf Dunger? —preguntó.

—No. Pero sabemos lo que quiere ese hombre que estuvo aquí cuando la anterior expedición del Orden Estelar pretendió investigar.

—¿Es Silgur su nombre?

Michael asintió.

Dunger maldecía a los navegantes que hicieron descender tan deficientemente a la *Zardal* en la llanura próxima a la granja. Silgur intentó calmar a su jefe alegando que no era una maniobra fácil sin la ayuda desde la superficie.

—Debimos haberla dejado en órbita y usar la falúa, Dunger —agregó Silgur mirando hacia la granja de la que salía luz por la puerta principal.

—Ya te dije que no me fiaba de la mitad de la tripulación; sólo tus hombres me son de confianza —gruñó Rolf Dunger.

Silgur asintió. Detrás de ellos caminaban cuatro tripulantes que les eran fieles, reclutados hacía tres meses en los puertos libres del Quinto Círculo, donde terminó de recoger la información que en parte ya había vendido a elevado precio a Rolf Dunger.

A un par de kilómetros a sus espaldas estaba la nave, tras el

bosque que mostraba sus sombras como una larga muralla tenebrosa en el moribundo día.

—¿Estás seguro que ésta es la granja? —preguntó Rolf mirando con inquietud la pequeña casa.

—Lo recuerdo perfectamente —rezongó Silgur—. Ésta es la granja más apartada y aquí estuve casi todo el tiempo que permanecí en este condenado planeta.

Los cuatro hombres caminaban un poco apartados y no podían oírles. Dunger aprovechó tal circunstancia para decir a su socio:

—Tengo apostado mucho en esta aventura y confío por tu bien que tu relato sea cierto hasta en el más mínimo detalle.

—No me has creído nunca totalmente, ¿verdad?

—Soy el primero en desear que sea cierto, Silgur. Te hice caso porque sé que abandonaste el Orden Estelar pensando en ganar una fortuna; sólo tenías que encontrar el cliente adecuado, yo en este caso. Investigué tu pasado y siempre fuiste ambicioso.

—Ya te dije que gracias a mi intervención el prestigio de Goeltz cayó al fango. El comandante se mató poco después ante el fracaso de la misión.

—¿Por qué lo hiciste?

—Necesitaba que durante un largo plazo nadie investigase en Urtala.

—¿Hasta encontrar al interesado en la mercancía?

—Eso es. Me hablaron de ti, de tus ambiciones por derrocar el gobierno elegido en Belgunt y ser elevado al cargo de dictador para desencadenar la guerra de conquista en los mundos vecinos.

—Elegiste bien, Silgur. Recibirás todo cuanto me has pedido si me proporcionas la mercancía.

—Lo verás con tus propios ojos; sólo necesitamos descubrir un mínimo detalle.

Estaban cerca de la granja. Avanzaron hacia el pórtico. Silgur saltó los escalones y empujó la puerta entornada.

Dos figuras se volvieron hacia ellos. La muchacha los miró con perplejidad; el hombre casi no se inmutó.

Desde el dintel, Silgur apuntó a la pareja con el fusil láser. Sonrió sórdidamente y dijo a Dunger.

—Hace años yo maté al hombre, lo destrocé con mi arma porque me sorprendió cuando intenté besar a la mujer. Ella me volvió loco

de deseo.

Silgur entró en el comedor y acarició con la mano libre el sedoso y largo cabello de la mujer, a quien dijo:

—Hola, Iroa. Sé lo que eres, pero me resultas tan hermosa que ni siquiera el recuerdo de lo que vi entonces me reprime el ansia de poseerte.

Se revolvió cuando el hombre intentó levantarse de la silla. Lo encañonó y dijo con furia:

—Y no me importaría matarte por segunda vez, Ordian.

Desde la puerta, Dunger dijo:

—Hazlo. Debes hacerlo, Silgur.

—Tienes razón socio.

Y apretó el gatillo. El haz de fuego, largo y potente, convirtió en una bola de fuego a Ordian. El incandescente cuerpo cayó sobre la alfombra y allí se consumió durante unos minutos, todo el tiempo que Iroa estuvo gritando en el rincón donde se había refugiado.

Mientras, muchos kilómetros al sur, a lo largo de otras granjas y hasta la aldea se trazó un reguero de dolor. Silgur acudió hasta donde gimoteaba la chica y la abofeteó. Ella quedó en silencio.

—¿Y ahora? —preguntó un poco pálido Dunger.

Detrás de él los cuatro hombres no se habían inmutado, como si lo presenciado no les hubiera cogido desprevenidos.

—Esperar —replicó Silgur. Levantó la silla que fue de Ordian y se sentó en ella. Colocó el fusil en la mesa y, sin dejar de mirar a la chica, dijo—: La linda viuda no tardará en dejar de serlo.

Cuando Alice intentó comunicar con la *Silente* se llevó la desagradable sorpresa de no conseguirlo. La única explicación que encontró le hizo fruncir el ceño. Sólo cuando una nave se encontraba en el hiperespacio resultaba imposible enviar a ella un mensaje. Aquello suponía que Adan regresaba a Urtala.

Hizo un cálculo mental. La *Silente* estaría allí antes de dos horas aproximadamente.

No supo en aquel momento si su presencia le beneficiaría o no.

En todo caso, después de la nueva agitación en la aldea sabía que debía ponerse en movimiento cuanto antes.

Michael Kung la acompañó hasta las últimas casas.

—¿Encontrará el camino en medio de la oscuridad? —preguntó el joven.

Ella asintió. Antes intentó llevar el diálogo a términos inquisidores y la postura de Mike la convenció de que nada podía esperar de él, respuestas concretas a las muchas preguntas que bullían en su mente. El misterio de Urtala permanecía para ella, pero estaba convencida de que pronto podría desentrañarlo.

—¿Por qué Lou Kung es el jefe de la comunidad? Siento decirle que su hermano es el menos indicado —dijo Alice.

—Siempre lo fue. ¿Por qué habríamos de desposeerle de su cargo?

—No entiendo la diferencia de edad de ustedes.

—Se preocupa usted por menudencias, comandante.

—¿Sigue sin querer decirme qué ha pasado? Se ha repetido la conmoción de esta mañana. Todos los aldeanos emitieron gritos de miedo, dolor. Todos menos uno: Lou. —Alice ladeó la cabeza para mirar al viejo que parecía caminar vacilante apoyándose en la pared de la casa más apartada de la aldea. Aún conservaba restos de la borrachera.

Mike también lo miró un instante.

—Déjelo. No le queda mucha vida.

—Lo dice como si la muerte de Lou supusiera una liberación para todos los humanos de Urtala.

El joven alzó la cabeza y miró las estrellas. Al bajar los ojos dijo sin la menor entonación en cada palabra:

—Aún se sucederán más lamentaciones en este mundo antes de que regrese la paz. En cierto modo, comandante, sólo la muerte de Lou Kung podría evitarla.

Ella lo contempló horrorizada.

—¿Desea la muerte de su hermano?

—Usted no puede entenderlo. Cometimos un error hace tiempo, del que no podemos volvernos atrás ahora. Lou nos obliga a mantener la decisión que entonces adoptamos.

Se volvió de espaldas y caminó hacia el centro de la aldea, dejando confusa a Alice. Entonces ella se dirigió hacia donde el viejo jefe se aferraba a la esquina de la casa para no caer de bruces. Debió sentir los pasos de la mujer, pues levantó la mirada del suelo y dirigió hacia ella sus vidriosos ojos.

—Debería acostarse, Lou —dijo Alice, irritada porque Michael ignoró al anciano embriagado—. ¿Por qué se emborrachó?

—Fue por el grito —barbotó Lou.

—¿Usted sabe a qué se debió? Fue como si todos, excepto usted, sintieran un dolor profundo.

El jefe fue resbalando por la pared y quedó sentado. Desde allí encogió los enjutos hombros a Alice y trató de disculparse por sus torpes palabras.

—Casi no me acordaba ya. Cuando llegamos uno de los nuestros perdió la cabeza y disparó el arma, la única que teníamos. ¡Era todo tan hermoso y tan lleno de paz que durante algún tiempo quedamos aterrorizados y confundidos! Apenas habíamos bajado de nuestra nave que se rompía en pedazos y ya contabilizamos la primera víctima.

—¿A quién se mató?

—A un lurho. Y han pasado tantos años… ¿Cuántos? Creo que más de veinte y menos de cincuenta. —Esbozó una sonrisa grotesca—. Michael desarmó al imbécil que quiso practicar el tiro al blanco, incluso lo golpeó. Luego rompió el arma, la única que había entre nosotros. Días más tarde, Michael encontró la explicación y contó lo que sucedía. Yo, como jefe, me interné en la espesura y pretendí disculparme con los lurhos.

—¿Pero quiénes son los lurhos?

—Los nativos de Urtala, por supuesto.

—¿Dónde están? Yo nunca he visto a nadie excepto a ustedes.

—¡Claro que los ha visto! Están en todas partes. El pequeño Joe llevaba un lindo conejito de brillante pelo azul y rojo y de pronto la pradera se llenó de animalitos como él. —Soltó una risa—. Los lurhos nos perdonaron. Así nos demostraron que ellos comprendían el error del tipo que disparó. Y… desde entonces fueron nuestros amigos… los mejores.

Alice meneó la cabeza cuando el viejo terminó de caer. La quietud del cuerpo que apestaba a vino la convenció que dormía y no podría obtener de él ninguna información más.

Le supo mal dejarlo allí tirado, mas la noche era cálida y no se enfriaría. Además, dos calles más atrás varios aldeanos habían presenciado la escena y cuando ella se alejó empezaron a caminar a dónde yacía Lou. Fuera de la aldea, Alice se volvió una vez más y vio que el anciano era transportado entre varios hombres jóvenes y fuertes hacia la plaza.

Entonces, mientras alumbraba con la lámpara el camino en dirección al lugar donde tenía oculto el deslizador, Alice fue recordando las palabras del viejo. Michael controló la situación cuando llegaron a Urtala, desarmando al ofuscado que disparó contra el lurho y lo mató. Entonces, Michael no podía ser un niño. Y eso ocurrió hacía unos treinta años más o menos. ¿Por qué allí el único viejo era Lou Kung? Tampoco había un solo niño, un bebé que fuera amamantado por alguna de las hermosas y sanas mujeres de la colonia. Era como si el tiempo se hubiera detenido para todos excepto para Lou Kung.

Llegó hasta el deslizador y abrió la cabina. Con la luz del interior leyó unas notas tomadas de las indicaciones de Michael. Con ellas esperaba localizar el sitio donde la nave, sin duda la de Rolf Dunger, había descendido.

Alice no estaba segura, pero se figuró que las coordenadas proporcionadas por Mike Kung eran similares a las que el piloto del rastreador comunicó el día antes, en donde Koritz había simulado el accidente.

Puso en marcha el sistema antigravedad del deslizador y lo sacó del bosque. En el llano lo elevó unos metros, y antes de dirigirse hacia su destino observó la aldea. Las luces seguían en las ventanas y de vez en cuando alguna sombra pasaba ante ellas. Aquella noche parecía que pocos colonos conciliarían el sueño.

Sobrevoló silenciosamente la zona y una vez situada la dirección en el computador dejó que el piloto automático la condujera. No viajó a la máxima velocidad. Quería tomarse unos minutos más de los previstos para pensar. Al cabo de un rato apenas sacó conclusiones.

Cerca del final del viaje intentó ponerse en comunicación con la *Silente*. El silencio persistía. Empezó a preocuparse y a dudar si Adan había decidido el regreso a Urtala. Se imaginó docenas de tragedias que podían haber impedido a la Unex el regreso.

La señal de detector empezó a sonar y encendió la pantalla. La reproducción ultravioleta le mostró la masa de la nave *Zardal* posada cerca de un bosque. Localizó a varios tripulantes fuera de ella, formando un círculo alrededor de un fuego químico. Tal vez comían.

Sobrevoló el bosque y bajó sobre un calvero. Neutralizó el

deslizador, convirtiéndolo en algo indetectable. Luego se equipó y caminó en dirección a la nave de Belgunt.

8

Silgur masticaba nerviosamente la brizna de hierba cuando Rolf Dunger se reunió con él en el pórtico. El nuevo amanecer en Urtala parecía llevar frío en la suave brisa procedente del norte. El belguntiano se estremeció.

—¿Aún no? —preguntó a Silgur.

El exoficial del Orden volvió la cabeza y su mirada cargada de resentimiento midió de arriba abajo a Rolf.

—Hay que tener paciencia. El cambio tarda algún tiempo.

—Pareces cansado. ¿No has dormido nada?

—Estoy harto de tus intromisiones, Dunger. Anoche estuve a punto de matarte.

Dunger entornó los párpados. Él también hubiera achicharrado a Silgur. Pero no perdió la serenidad hasta el extremo de echar por tierra el negocio. De todas formas, seguía pensando que hizo bien impidiendo que Silgur violara a la hermosa Iroa.

—Cuando te calmes del todo comprenderás que hice bien. ¿Cómo olvidaste lo que es en realidad esa mujer? Tu actitud hubiera sido perdonable en otro, pero en ti… Perdiste la cabeza.

—Como la otra vez —asintió Silgur—. Tal vez tengas razón y actuaste correctamente.

—¿Puedes explicarme por qué las hembras de Urtala hacen que algunos hombres, aun sabiendo la verdad, pierdan la sensatez?

—No lo sé. Ya he matado dos veces a Ordian, y creo que volveré a matarlo de nuevo.

—Eso espero. Nada más quiero que él aparezca para terminar de convencerme.

—¿Acaso no fue suficiente que hace unas horas lo matara?

—Dejaste poco identificable de él, apenas una masa quemada. Eso no era una prueba.

—Sigues dudando —dijo Silgur con resentimiento.

—No tengo más remedio. Antes de empezar esto te advertí que sólo admitiría que dices la verdad cuando los hechos fueran evidentes. Falta la aparición del compañero de Iroa y…

—¿Qué más?

—Él medio de aprovechar el material, ¿no?

—Eso será fácil. Los elementos son unos magníficos imitadores. Abundan por todas partes y los cazaremos con facilidad.

Dunger suspiró.

—Eso espero.

Y regresó al interior de la casa de donde salía un gratificante olor a café. En el comedor seguía, en el mismo rincón, Iroa. Tenía los ojos cerrados, como si durmiera.

De los cuatro hombres dos estaban despiertos y uno le llenó una taza con humeante café. Con la mirada preguntó al jefe si la espera sería larga.

—Estaremos aquí poco tiempo ya —dijo sorbiendo el café, no muy seguro, pero deseándolo fervientemente.

Cuando del dormitorio salía uno de los que descansaban, Silgur se asomó a la puerta y llamó a Dunger.

Fuera, le fue señalado un lugar del claro del bosque. Silgur sonreía ampliamente al decir:

—Ahí está. No suelen tardar más de unas cinco o seis horas. Y vienen como corderitos.

—Supongo que la pareja no te contó nada. ¿Cómo conseguiste información?

—Después del jaleo que formé aquí, salí corriendo, lleno de miedo. Temía ser castigado. Me perdí con el deslizador y tuve que bajar para reparar el computador. Había una granja cerca, en la que vivía el último humano auténtico. Estaba medio loco porque lo había comprendido todo. Fue fácil hacerle hablar.

—¿Resultó inmune como ese viejo llamado Lou Kung?

—Resistió bastante a la enfermedad. Deliraba en mi presencia y murió contándome todo lo que yo quería saber para tranquilizarme. En cierto modo me sentía muy mal porque podía ser castigado por el comandante Goeltz. Volví a la Unex y conté un montón de mentiras y, más tarde, propicié la muerte de Goeltz.

—¿Cuánto tiempo permaneciste en la segunda granja?

—Unas horas. Decidí hacer una buena obra y enterré al viejo a

pocos metros de la casa. Terminaba la cruz cuando de nuevo lo tuve ante mí. Aquello fue lo que acabó convenciéndome.

Ambos miraron a la figura que se acercaba a la granja. Cuando estuvo más cerca comprobaron con satisfechas sonrisas que Ordian tenía un saludable aspecto.

Detrás de ellos, los cuatro hombres emitieron sonidos de asombro. Iroa apareció detrás de una ventana y saludó a su compañero.

Cuando Ordian llegó ante los extranjeros, dijo:

—Deben marcharse.

—¿De la granja? —preguntó socarrón Silgur.

—De este mundo.

Silgur lo agarró de la camisa y lo empujó hasta el interior de la casa. Trató de sentarlo en una silla y Ordian cayó al suelo. Ordenó a sus hombres que lo atasen y luego apartó de un empellón a Iroa.

Se sentó a continuación delante de Ordian y blandió late los ojos imperturbables del joven colono su pistola láser.

—Ahora, jovencito, vas a decirnos todo cuanto deseamos saber. En caso contrario lo pasarás mal porque he ajustado el arma al mínimo. ¿Sabes lo que quiero decir? Pues que disparará haces de energía del grueso de un cabello. Puedo estar horas convirtiéndote en una piltrafa sin que mueras. ¿Has entendido?

—He venido a decirles que deben marcharse —insistió Ordian.

Tenía las manos fuertemente atadas al respaldo de la silla, con alambres. Silgur lanzó una patada contra el vientre del joven y lo tumbó estrepitosamente al suelo. Luego hizo una señal a sus hombres para que lo incorporaran.

—Quiero que me digas cómo se consigue el cambio —dijo.

Rolf se acercó.

—Mientras tanto sería conveniente que alguno regresara a la *Zardal* para que se emprenda la caza.

—Es una buena idea —asintió Silgur.

Dunger eligió a Deramhel y fuera de la casa le dio las instrucciones. Señaló el cercano bosque, en cuyas proximidades la hierba parecía agitada por un viento mucho más fuerte del que existía en realidad.

—No os será difícil capturar varias docenas de esos bonitos animales —sonrió Rolf—. Los hay por todas partes.

—Ésos parecen haber llegado acompañando al nuevo Ordian —comentó Deramhel.

—Son estúpidos —rió Dunger volviendo al interior justo cuando Silgur disparó por primera vez.

En la mejilla juvenil y atractiva de Ordian apareció una línea roja por la cual empezó a manar sangre.

—Iré disparando, muchacho —silabeó Silgur—. Y sólo terminaré cuando todo tú seas un montón de jirones.

Dunger sacó un cigarro y lo encendió tranquilamente. A través del humo contempló a Iroa. La chica tenía las espaldas apoyadas en el rincón del comedor más próximo al dormitorio y lo miraba todo con ojos muy abiertos. Desde el día anterior no había pronunciado una sola palabra.

Alice había permanecido despierta toda la noche, sin apartar la mirada de la entrada principal de la *Zardal*. Ya había amanecido cuando quedó adormilada. Abrió los ojos para ver que un recién llegado elegía a varios de los tripulantes, quienes cargados con varios bultos le siguieron por el camino utilizado para llegar.

El grupo, unos siete hombres, se perdió por el bosque.

Alice comprendió que en la nave de Belgunt no estaban Rolf Dunger ni Silgur. Debieron de haber salido antes de llegar a ella. Le resultó fácil suponer que debían tener su nuevo cuartel general en la granja donde pernoctó Koritz. Allí debían de encontrarse todos… y también la solución del enigma.

Minutos antes intentó hablar con Adan. Fue inútil. La respuesta no le llegó desde las estrellas. Tenía que actuar lo antes posible. Si Dunger obtenía de Urtala lo que buscaba antes que la *Silente* se presentase, podía decirle adiós para siempre.

Buscó en su equipo y sostuvo entre las manos la placa de metal. La miró un momento, aún no muy segura si iba a hacer lo correcto.

Se alzó con decisión y corrió hacia la nave, siempre manteniéndose apartada de posibles miradas de los tripulantes que habían quedado. Llegó hasta un sustentador y luego anduvo debajo de la tobera principal. Era el mejor sitio.

Ajustó el tiempo de la placa y lanzó el explosivo por el negro y profundo tubo de ignición. Escuchó el chasquido del metal al adherirse.

Regresó al bosque y desde allí continuó caminando

paralelamente en el sentido de marcha del grupo.

Calculó que la explosión se produciría en una hora. Tenía tiempo para llevar a cabo más averiguaciones. Alcanzó al grupo y cuando éste se dispersó comprendió que se trataba de una partida de caza. Fueron extendidas varias redes casi invisibles y luego los hombres se ocultaron.

Al cabo de unos minutos cayeron los primeros conejos. Dos de larga pelambrera roja y cinco moteados con todos los tonos del arco iris. Los hombres estaban alborozados mientras montaban las jaulas y hasta ella llegaron los comentarios referentes a lo fácil que resultaba capturar a las estúpidas criaturas.

Pero pasó el tiempo y no volvieron a caer en las trampas más liebres. De pronto el bosque estuvo vacío de ellas.

Alice se sintió contenta por ellos. Mientras los tripulantes de la *Zardal* se alejaron para asegurarse de que no había más liebres, salió la mujer del escondite y se aproximó a las jaulas. Abrió las puertas y palmeó a los animales, animándolos para que corriesen hacia la libertad.

Iba a incorporarse para retornar al refugio cuando la sombra proyectada en la hierba le anunció la proximidad de alguien. Se revolvió y pudo eludir el golpe de Deramhel lanzó contra ella con las barras de hierro de una trampa vacía.

Rodó por el césped y se incorporó de un salto. Enfrente, el hombre mascullaba y aferraba con más fuerza la maza formada por las tres barras.

—Maldita, maldita seas —bramó dirigiéndose hacia ella—. Pagarás caro lo que has hecho, por muy comandante que seas.

Alice bajó la mano hasta la empuñadura del láser. Sus dedos rozaban el arma cuando dos gruesos brazos intentaron rodearla. Por el rabillo del ojo vio que acudían más hombres. Movió los codos y los hundió en el estómago de quien la retenía. En su nuca sintió el aliento del hombre al gritar de dolor y a continuación se sintió libre.

Saltó a un lado y eludió la brazada de otro; se agachó y empujó las piernas de una mujer, tirándola sobre la hierba, pasó por encima y pretendió alcanzar los árboles.

Se le interpusieron un tripulante y Deramhel. Cansada y convencida de que no tenía otra alternativa que usar el arma, iba a

sacarla cuando algo pesado y traslúcido le cayó por la cabeza.

Se trataba de una red. No pudo empuñar la pistola y se debatió inútilmente un instante. Sintió que le arrebataban el cinturón y ante sus ojos apareció la negra boca de un láser. Deramhel lo empuñaba. Una sonrisa apareció detrás del punto de mira, una sonrisa eufórica.

—El jefe se pondrá muy contento si a cambio de las liebres le llevamos esta pieza, mucho más interesante. La maniataron y empujaron.

—Vamos —dijo Deramhel—. No estamos lejos; llegaremos pronto.

Alice no habló. Se sentía humillada. Su comportamiento había sido el de una soldado inexperta. Los componentes del grupo mostraban su rabia por la desaparición en el bosque de los animales de colores y la fuga provocada por la comandante de los pocos que se habían dejado sorprender.

9

La entrada inesperada de Alice en el comedor dejó a Rolf Dunger con la boca abierta y a Silgur a punto de apretar una vez más el láser para marcar de nuevo el sangrante rostro de Ordian.

La comandante intentó hacerse cargo de la situación, mas ante la visión del torturado nativo no se contuvo y lanzó un puntapié contra Silgur. Le rozó la mandíbula y extrajo de su socarrona boca un grito de dolor y sorpresa.

—¡Maldita puta! —bramó Silgur buscando en el suelo la pistola.

Cuando la amartilló se entretuvo unos segundos en ampliar la potencia del disparo, dispuesto a acabar con Alice con una sola descarga. Dunger le agarró del brazo y desvió la pistola.

—Pierdes muy pronto la calma, Silgur —dijo el belguntiano—. Siempre hay tiempo para matar un oficial del Orden Estelar. Por el momento nos conviene que viva y nos explique qué hace aquí.

—Si teme que la *Silente* caiga sobre nosotros en cualquier momento puede estar tranquilo —sonrió Alice—. Antes tendrán otras noticias desagradables.

—Sabemos que la *Silente* se perdió en el hiperespacio —dijo Dunger enarcando una ceja—. Seguro que usted se quedó aquí creyendo que averiguaría algo. De todas formas la Unex no tardará en regresar. Silgur, debemos darnos prisa y acabar con el asunto cuanto antes. —Torció el gesto lleno de contrariedad—. ¿Cuándo demonios vas a conseguir arrancar a Ordian los informes? —Miró al nativo. El torturado estaba a medio camino de la lucidez y la inconsciencia—. Creo que estás equivocando el método.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Silgur torvamente.

—Dañas un cuerpo de apariencia humana y eso puede resistirlo el ser llamado lorhu. Creo recordar que tú me dijiste que los lorhus no poseen sangre caliente, sin embargo Ordian mana eso que es rojo

y parece ser lo mismo que corre por nuestras venas. Seguro que es sangre falsa.

Silgur enfundó el arma y cruzó los brazos.

—Tal vez tengas razón. La pregunta es: ¿cómo conseguir que recobren su auténtica apariencia? Y no me refiero a la que muestran bajo el disfraz de los grandes conejos, ciertamente.

—¿No habéis cazado ningún ejemplar? —preguntó Dunger a Deramhel.

—La mujer soltó a los que teníamos ya en nuestro poder —replicó el tripulante tirando de los cabellos a Alice.

Como un relámpago, Silgur se movió y cruzó la cara de Alice con dos sonoras bofetadas. En las mejillas de la mujer aparecieron manchas coloradas y quedó con los labios apretados firmemente.

Dunger desaprobó la violencia de su socio, pero calló porque estimó que debía dejarle desahogar la furia que le embargaba.

Alice se restañó con la punta de la lengua un hilillo de sangre que empezó a resbalar por la comisura de los labios y preguntó:

—¿Pueden explicarme qué pretenden? Obviamente no saldré con vida de aquí y estoy totalmente confundida. Veo a una pareja de nativos, una mujer asustada y un hombre a quien están matando lentamente.

Ella miró a Silgur y el antiguo miembro del Orden apartó los ojos.

—Sabía quién eres, Silgur. Tú perteneciste a la tripulación del comandante Goeltz. ¿Qué puedes venderle a Rolf?

—Lo que necesito para derrocar el gobierno débil de mi mundo, comandante —sonrió Rolf—. Tal vez mientras se lo explico encontremos la forma de hacer hablar a los nativos.

Alice bajó la mirada y comprobó en su cronómetro que faltaban pocos minutos para que la explosión se produjera en la tobera principal de la *Zardal* y dejase inutilizada la nave.

—Le escucho —dijo.

—Silgur lo averiguó todo por un auténtico humano. Era un anciano moribundo.

—Creí que el único viejo de la colonia era Lou Kung —dijo Alice con impaciencia.

—Había otro —contestó Dunger—. Ahora sólo queda Lou. Hace casi cuarenta años llegó a Urtala una nave con fugitivos humanos

procedentes de un mundo del sector Dirmalae. Llegaron con los últimos restos de energía. Encontraron un mundo sin habitantes inteligentes, o eso pensaron en un principio. Aquí viven unos seres sin civilización tecnológica. No son de origen carbónico. Escasamente se dejan ver bajo su aspecto real porque siempre adoptan la forma de un conejo gigantesco, que copiaron porque el primer ser vivo que bajó de la nave fue una liebre, una mascota de un tripulante.

»Al poco tiempo de establecerse la colonia, tras un incidente en donde murió un lurho por error, se desató la enfermedad. Estaba latente en Urtala y estalló virulentamente ante la presencia de los colonos. En pocas semanas, cuando empezó a desarrollarse la actividad, se dieron los primeros casos mortales.

»Pero entre los humanos nadie se percató. Los lurhos fueron suplantando a las víctimas, escondiendo los cadáveres. Ni siquiera la esposa notó la diferencia o el marido descubrió que un ser amorfo era la mujer con quien dormía.

»En pocos años apenas quedaron humanos vivos, excepto el viejo que contó sus descubrimientos a Silgur y Lou Kung. Debido a un extraño caso biológico pudieron sobrevivir.

—¿Así que esto explica la diferencia de edad entre los dos hermanos Kung? —preguntó Alice.

—Sí. Michael apenas tenía dos años menos que Lou cuando llegó la nave a Urtala. Entonces pintó los cuadros que sabemos a usted le llamaron la atención.

—¿Cómo sabían lo del cuadro?

—Teníamos proyectada una sonda de escucha sobre el poblado —rió Dunger—. Mientras esperaba en órbita a que se marcharan no dejamos de vigilarlos.

—¿Y los síntomas de malestar cuando Koritz mató a un ser aún no identificado y casi perdió la razón?

—Las mujeres representadas por los lurhos son muy atractivas y perturban a algunos hombres. El alférez se enamoró de Iroa y casi se vuelve loco cuando creyó que un monstruo gris la había devorado. En realidad vio a Iroa y a un lurho, ambos bajo su verdadera apariencia, en un íntimo acto de procreación. Los lurhos sólo son fértiles una vez cada diez años y es una ocasión que no pueden desaprovechar. Otros lurhos bajo el aspecto de liebres

acudieron en busca de Iroa para que cumpliera con su ineludible deber.

Silgur se movió nervioso y dijo:

—Yo caí bajo el influjo de Iroa y al ser rechazado por ella maté a Ordian, loco de celos. La violé y horas después acudió otro Ordian. Salí corriendo y luego me enteré por el viejo moribundo de la verdad. Los lurhos son seres de extraños pensamientos que no podían contemplar el sufrimiento de los humanos. Sabían que cuando uno moría se esparcía un gran dolor entre todos. Por eso, para que no sufrieran los humanos cuando la epidemia los diezmaba, se convirtieron en las víctimas.

Alice asintió.

—He visitado muchos mundos y no me sorprende ya nada —dijo —. Pero aún no entiendo el interés que ha provocado Urtala en ustedes.

—No me resulta muy lista para ser comandante —rió Dunger—. Yo soy el líder de un reducido grupo en Belgunt que intenta derrocar el actual gobierno. Es imposible conseguirlo mientras el pueblo esté con los gobernantes. La solución es hacerlos impopulares, que la población les aborrezca. ¿Cómo lograrlo? Al tener noticias de lo que averiguó Silgur me hice un plan. Tenía que conseguir ejemplares de lurhos y transformarlos en los dirigentes, pero hacerlos depravados, esquizofrénicos. En pocos meses todo Belgunt odiaría al gobierno que ahora apoya y mi grupo y yo accederíamos al poder con facilidad.

Alice miró las heridas del impasible Ordian.

—Ya entiendo, y también que el problema para ustedes es doblegar una personalidad extraña. ¿Quién entiende a un lurho? ¿Cómo conseguir que les diga la manera de dominar a un lurho y hacer que tome la apariencia de determinada persona y cambiar la personalidad usurpada en algo totalmente contrario a la actitud hasta entonces llevada a cabo por el humano?

—Ahora se comporta como un miembro del Orden —dijo secamente Silgur—. Si no nos enteramos en Urtala de qué forma podemos dominar a los lurhos, tendremos tiempo a bordo de la *Zardal*. Partiremos apenas capturemos algunos seres.

—Será difícil que encuentren un solo lurho —sonrió Alice—. Han desaparecido todos, al menos en su apariencia de liebre.

Dunger iba a replicarle cuando llegó hasta la granja una sorda explosión, lejana.

—¿Qué es eso?

—Ha sido una explosión. Lamento decirles que no podrán abandonar Urtala, al menos en bastantes meses. ¿Y saben lo que esto significará para todos?

El silencio rodeó expectante a Alice, quien lo interpretó como el deseo de que siguiera hablando.

—La epidemia que acabó con la colonia germina en un ser humano cuando han transcurrido diez días. A partir de ese plazo es irreversible y no sirve para nada ninguna clase de vacuna o cura.

Rolf Dunger conservó la serenidad e impuso su autoridad hasta el extremo de impedir que Silgur matase a Alice apenas ésta contó lo que había hecho en la *Zardal.*

Fue una tensa y frenética marcha hasta la nave saboteada. En el exterior estaban casi todos los tripulantes, excepto algunos que permanecieron en el puente de mando. El malestar entre ellos era grande. Silgur lo captó y, antes que la mayoría pudiera pedir explicaciones, ordenó a sus adictos que encerrasen al resto para evitar problemas de insubordinación. En total tenía a ocho hombres y dos mujeres dispuestos a apoyarle.

Pero los daños ocasionados en el sistema de impulsión eran grandes y carecían de medios para repararlos. Lentamente, como agua que se pierde por un sumidero, el peligro anunciado por Alice llegó a oídos de todos y Dunger calculó que los hombres fieles a Silgur no tardarían en volverse violentos y matarían a la comandante en un arrebato de cólera.

—Es nuestra garantía —dijo plantándoles cara—. Con ella como rehén tenemos una posibilidad de escapar de Urtala antes de que sea tarde.

—¿Cómo? —preguntó Silgur sin dejar de mirar a Alice, como si la muerte de la comandante les aliviara la situación precaria en que se encontraban—. Al menos tendré la satisfacción de matarla a mi gusto.

—Ella está unida sentimentalmente con el otro comandante, Adan Villagran —dijo Dunger con convicción—. No dejaría aquí a su compañera.

—La *Silente* se perdió en el hiperespacio. Todos lo vimos.

—Volverá pronto, seguro. La comandante se quedó para espiarnos. Si inutilizó a la *Zardal* fue porque sabía que los suyos no tardarían en presentarse.

—¿Qué sugieres entonces? —preguntó Silgur empezando a quedar convencido con las palabras de Dunger.

—Esperar. Pediremos al comandante Villagran los elementos precisos para reparar la tobera a cambio de la vida de Alice.

Silgur movió la cabeza.

—No saldrá bien. Apenas se la devolvamos nos machacará. Conozco la Norma y el Orden puede emplear la fuerza si alguien atenta contra alguno de sus miembros.

Dunger emitió una sonrisa rebosante de burla.

—Una vez reparada nuestra nave nos la llevaríamos hasta un mundo neutral, en donde podríamos dejarla y luego proseguir el viaje a Belgunt.

—Sí, no es mala idea —asintió Silgur—. Y, durante el camino, a la dama entrometida podrían pasarle muchas cosas… todas desagradables.

Dunger no quiso discutir con él y calló sus protestas. Quizá más tarde, calmado, Silgur comprendiera que no se debía provocar al Orden matando a un oficial de la organización por una estúpida venganza sin beneficio.

Se aseguró que Alice estaba bien vigilada, así como los prisioneros Iroa y Ordian, y le pidió a su socio que le acompañase a inspeccionar los daños. Bajo la tobera les esperaba un elevador. Montaron en él y ascendieron unos metros. Un tripulante sostuvo una luz con la que se aseguraron que la reparación de la tobera estaba fuera de sus posibilidades.

Una vez que se marchó el tripulante y quedaron a solas, Silgur comentó lleno de preocupación:

—Este asunto se ha ido al diablo —gruñó—. Los lurhos siempre adoptaron la forma de liebres para dejarse ver y ahora no hay ni un maldito animal en cien kilómetros a la redonda.

Dunger hizo un gesto de resignación.

—Cuando se juega existe el riesgo de perder, pero… Aún nos queda una posibilidad.

—Pues dímela de una vez, antes que reviente.

—Disponemos de la falúa, capaz para llevarnos a todos hasta la

aldea. Me refiero a la tripulación que está de nuestra parte y los prisioneros. Allí podríamos capturar a cuantos aldeanos queramos. Ellos son lurhos, ¿no? Podríamos sorprenderlos. Con unos veinte tendríamos suficiente. Lo importante es no perderlos de vista y esperar a que cambien de forma.

—Sí, es buena idea, socio —empezó a sonreír el antiguo oficial del Orden—. Ellos debían de sentir un gran afecto por los humanos cuando no quisieron que sufrieran viendo morir por la epidemia a sus seres queridos suplantándolos a medida que iban falleciendo. Y tenemos al viejo Lou, el último colono vivo. Si los amenazamos con matarle nos dirán lo que queremos saber. Luego podríamos coger los prisioneros.

Los dos hombres soltaron fuertes carcajadas y empezaron a llamar a sus sicarios para que sacaran al exterior la falúa.

Sentada en el suelo y con las manos a la espalda, Alice sólo pudo oír las risas y se echó a temblar, presintiendo que si sus enemigos mostraban semejante hilaridad iría en detrimento de su seguridad. Miró al maltratado Ordian y a la silenciosa Iroa. No quiso decirles nada acerca de sus malos presagios.

10

Aunque la primera impresión que recibieron fue de que la aldea estaba abandonada, alguien descubrió al centenar y pico de habitantes refugiados en la casa mayor, la que disponía de un gran salón que pareció haber sido construido para celebrar bailes o asambleas, cuando aún la epidemia no había hecho los primeros estragos en la comunidad.

La casa del viejo jefe estaba al lado. Ante el griterío formado por los hombres armados de Silgur y Dunger, Lou Kung apareció en el dintel con una botella sostenida en la mano derecha y la izquierda sobre los ojos a guisa de visera. Parpadeó cegado por el sol y avanzó unos vacilantes pasos.

A una indicación de Silgur, Deramhel agarró al viejo de un brazo y le apoyó el cañón de su láser en la frente.

Silgur se adelantó hasta la edificación. Al otro lado de los cristales de las ventanas veían sombras. Seguro de que allí estaban casi todos los componentes de la comunidad, les gritó:

—Sé todo lo que pasa en este condenado planeta. Ese hombre volará la cabeza de Lou Kung si se niegan ustedes, seres lurhos o lo que sean, a colaborar con nosotros. Sólo queremos que nos hagan una demostración de su habilidad. Vamos a mostrarles unas reproducciones holográficas a tamaño natural, de ciertas personas que queremos sean copiadas con sus habilidades. Voy a necesitar cinco voluntarios, tantos como representaciones puedo mostrarles.

—Está cometiendo un error, Silgur —dijo Alice—. No conseguirá nada. Dice saberlo todo, pero en realidad no conoce nada.

—¡Cállese! —le gritó Silgur—. No tiente más su buena suerte. Sigue viviendo de milagro.

Anduvo hasta situarse a unos dos metros del viejo, que seguía agarrado por Deramhel. Lou, en pleno delirio etílico, sonreía a todo como si en lugar de estar amenazada su vida asistiera a una

representación bufa.

—Lo mataré, os lo juro —afirmó Silgur—. Habéis trabajado mucho y padecido bastante para evitar sufrimientos al viejo. Al parecer sois unos seres muy singulares, extraños. Podría decirle al viejo que ha vivido muchos años rodeado de falsos amigos, familiares y de un hermano que murió apenas llegó la comunidad al planeta y un protoplasma ocupó su lugar. Aunque esté loco lo entendería si no se hallara borracho como una cuba. ¿Me habéis oído? Sólo os doy dos minutos para que empecéis a salir de ahí.

Atrás, Dunger comprendió que había llegado el momento. Conectó el reproductor holográfico. En medio de la plaza se formaron cinco figuras de tamaño natural. Eran los líderes de Belgunt que él tanto odiaba.

—¡Sólo tenéis un minuto!

Alice se debatió y pudo salir del cerco en que la tenían metida algunos sicarios de Silgur. Apenas anduvo tres pasos cuando alguien le tiró de las cuerdas que sobresalían de sus ligaduras.

—Sería una muerte inútil —gritó—. Aunque matéis al viejo ellos no os revelarán cómo se transforman en seres humanos.

—¿Por qué no? —preguntó iracundo Silgur. —Es… Debe ser como un ritual sagrado para ellos el proceso de transformación, algo que no debe ser contemplado por nadie, ni siquiera uno de su misma raza.

—Eso es una tontería —rió Silgur nerviosamente. Calló cuando la puerta de la casa se abrió y de las sombras del interior surgió una figura difusa.

Silgur apartó a Alice, que fue recogida por dos hombres y reintegrada al lugar donde estaban los otros prisioneros.

Cuando la figura se situó bajo el sol, los hombres de la *Zardal* quedaron inmóviles por la sorpresa y Alice lanzó una exclamación de alegría y temor al mismo tiempo.

Adan Villagran, con las manos separadas del cinturón donde las armas brillaban por su ausencia, bajó los escalones de madera y pisó el suelo terroso de la plazoleta. Dirigió una mirada sonriente y de confianza a Alice y luego contempló a los dos dirigentes del grupo.

—Quiero dialogar con ustedes —dijo Adan.

—Nosotros también con usted, comandante. Esa mujer ha

inutilizado nuestra nave y a cambio de su vida deberá proporcionarnos el material preciso para repararla —dijo Dunger—. ¿Está solo?

—He descendido solo en Urtala -replicó Adan. —La *Silente* está en el espacio, pero puedo enviar un aviso y en pocos segundos toda esta zona quedará arrasada si se atreven a tocar un solo cabello de la comandante Cooper.

Las armas se agitaron hacia él y Silgur cabeceó nervioso.

—Ya sabe lo que queremos. Dígales a esos cobardes lurhos que accedan a nuestras peticiones o mataremos a Lou Kung y a todos ellos antes que usted pueda ordenar algo a sus soldados, cosa que no hará porque antes le mataríamos, junto con su querida Alice.

—Ella tenía razón. La comandante ha comprendido que sus proyectos estaban condenados al fracaso. No obtendrán nada de los lurhos.

—No sea imbécil. Sé que por alguna razón se dejarán matar antes de que nosotros liquidemos al viejo.

Lou Kung empezó a debatirse intentando zafarse de la mano que le aprisionaba el brazo. Era como si de repente hubiera recobrado la lucidez. Pilló desprevenido a Deramhel y echó a correr fuera de la plaza. El burlado guardián gritó y alzó el arma, luego tomó puntería y empezó a acariciar el gatillo. Adan saltó contra él y ante su pecho se interpusieron dos cañones de rifles láser que le hicieron retroceder.

En el mismo instante, Deramhel, ofuscado por la irritación, que le cegaba al saberse burlado, disparó pese a la orden en contra de Rolf Dunger.

El viejo estaba a punto de alcanzar la esquina cuando fue detenido por el trazo de luz que le atravesó la espalda. Cayó de bruces sobre el polvo, se revolcó un poco y quedó inmóvil.

—¡No debiste disparar! —gritó Dunger zarandeando a Deramhel.

—Es igual —graznó Silgur—. Tenemos ahora dos rehenes. Con los comandantes en nuestras manos saldremos de aquí cuando reparemos la nave. —Miró la casa donde tras las ventanas se veían las sombras, ahora más agitadas que antes—. Sacaremos de ahí algunos de esos seres y ya tendremos tiempo durante el viaje de que hablen.

Rojo de ira, Adan apuntó con su índice a los dos hombres.

—Escuchen ustedes ahora. Han matado a un ser humano y era lo único que necesitaba para actuar con la fuerza en este planeta. Ya tenía autorización de los nativos, los verdaderos nativos de Urtala, para hacerlo: los lurhos. Nuestras voces son oídas en la *Silente* y el capitán Kelemen tiene orden de destruir este poblado apenas los nativos se hayan marchado.

—Nadie saldrá de aquí en ese caso —replicó Dunger comprobando que sería imposible una salida de los lurhos sin que ellos la descubrieran.

De nuevo hubo movimiento en la puerta de la gran casa. Primero salió un hombre joven. Michael Kung se apartó, como dejando paso a los que le seguían.

Y quienes salieron a continuación produjeron en los hombres de la *Zardal* una nueva y aún mayor sorpresa.

Eran seres un poco más bajos que los humanos, con miembros largos en lugar de brazos y otros inferiores, cortos y gruesos, que les servían de piernas. Apenas la luz del sol les dio de lleno sus cuerpos se tornaron traslúcidos y como flotando en el aire se dispersaron rápidamente.

Aunque los hombres de Dunger les dispararon, los haces de láser pasaron por los cuerpos etéreos y se perdieron en la lejanía. Sólo quedó el lurho con la apariencia de Michael Kung.

—Ahora no tienes nada que llevarte —rió Adan.

Silgur ya se había vuelto hacia atrás cuando lo hizo Dunger. En aquel momento Iroa y Ordian se transformaban en masas grises que, sin dejar de mirar al grupo de humanos con los ojos oscilantes, retrocedieron hasta desaparecer detrás de las casas. Su huida no fue intentada de detener en esta ocasión. Los hombres armados sabían que sus pistolas y rifles de nada servían contra unos seres incorpóreos.

Aún se movían perplejos los guardianes de Alice cuando varias sombras se proyectaron sobre ellos. Alzaron las cabezas y vieron bajar del cielo varios aparatos con las marcas del Orden Estelar.

Silgur saltó sobre Adan y apuntó al entrecejo de éste.

—Si no ordenas a tus tropas que se retiren te abriré un gran agujero en la frente.

Adan se encogió de hombros.

—Si nos matas no habrá nadie que contenga a los soldados. Ellos

acabarán con vosotros, por cierto, de una forma poco rápida.

La boca de Silgur soltó espuma. Habían sido muchos los años que pasó entre la tropa del Orden Estelar para saber que los soldados serían despiadados con ellos, con los asesinos de sus jefes.

—Cálmate, Silgur —le pidió Dunger, pálido desde hacía un rato —. Pactemos. El comandante Villagran puede hacernos una sugerencia.

—Así es —dijo Adan. Caminó hasta donde estaba Alice y la desató—. Sólo Silgur es ciudadano de los mundos del Orden y él será juzgado por nuestras leyes. En cuanto a usted, Rolf Dunger tendrá la suerte de verse libre. Si algún día cae bajo la justicia de Belgunt confío que recibirá el castigo que merece.

Dunger asintió. Tenía la mano baja, la que amartillaba el pequeño láser. No apartaba la vista de Silgur. Cuando éste perdió los estribos y retrocedió para lanzar una descarga de amplio foco energético, Rolf apenas alzó unos centímetros el brazo y disparó.

También el láser de Rolf estaba puesto en su máximo grado de potencia y el efecto en el cuerpo de Silgur fue horrible. Todo el tronco quedó aniquilado, saltaron en el aire brazos y piernas y la cabeza voló, yendo a caer a muchos metros de distancia, al polvo donde rodó secamente.

El belguntiano cogió el arma por el cañón y la tendió a Adan.

—Confío en que será como ha dicho.

Por un momento Adan sintió deseos de mandar al infierno la Norma y acabar allí mismo con aquel tipo o al menos desahogarse machacándole la cara a puñetazos. La proximidad de Alice le hizo aceptar la pistola.

—Al menos debería dejarte las piezas tan diseminadas en el planeta que tardaras un mes en reunirías —rezongó—. Pero no pongas esa cara de miedo, Dunger. Podrás reparar tu nave y largarte. Y lo harás enseguida. Si antes de veinte horas no has dejado en paz a Urtala te prometo que olvidaré mis obligaciones y te destruiré; ya has causado mucho daño en este mundo.

Dunger asintió y marchó con sus hombres fuera de la aldea, donde estaba la falúa.

Alice y Adan caminaron hasta donde estaba Michael, mudo testigo de los acontecimientos. Mientras, del cielo descendían las unidades de combate del Orden. Ella pasó el brazo por la cintura de

su compañero y le preguntó:

—¿No crees que has tardado demasiado en hacer tu teatral aparición, cariño?

—Sólo lamento no haber impedido que Lou Kung muriera unos días antes de la fecha prevista por el destino.

—¿Quieres decir que la enfermedad ya había germinado en su organismo?

—Sí. No hubiera vivido más de cuatro o cinco días. Descendí solo en el bosque y cerca me encontré a Michael, quien me informó que los hombres de la *Zardal* se aproximaban a la aldea a bordo de una falúa. Por el camino me contó el misterio de Urtala. Entramos en la casa por detrás antes que Dunger tomara prisionero al viejo. Cuando te vi pedí a Michael, bueno, al lurho que representaba el papel de Michael, que debíamos impedir que nadie humano muriera. —Adan miró al inmóvil rostro de Mike Kung—. Estaba seguro de que ellos no lo permitirían.

Alice observó con reproche al lurho-Michael.

—No hicieron nada. Pudieron avisar a Lou porque ellos son telépatas.

—Pero sólo entre sí. No pueden comunicarse mentalmente con un humano —explicó Adan—. Sólo cuando actúan como humanos pueden utilizar las cuerdas vocales de la imitación para hablar. Tal vez ahora nos diga Mike lo que queremos, lo único que nos falta por saber —suspiró, un poco cansado—. ¿Lo hará antes de reunirse con sus hermanos de raza, lurho?

Mike asintió. Sus expresiones eran a cada instante menos humanas.

—Sí, lo sabéis todo, excepto que nosotros tomamos el lugar de los humanos que morían a causa de la epidemia antes de que sus allegados se dieran cuenta. Y no era para evitar sufrimientos a los que quedaban vivos, como habéis supuesto, sino porque de los humanos nada más percibimos su dolor. Cuando sufren es algo horrible que se esparce por todo Urtala y nosotros padecemos de manera increíble esas manifestaciones que nos son desconocidas.

Alice sintió que algo se desplomaba bajo sus pies. La idea de bondad que había atribuido a los lurhos se había esfumado brutalmente.

—¿Cuándo murió Lou Kung no sentisteis nada?

—No. Por el contrario, por ser el último humano de Urtala, comprendimos que al fin quedábamos liberados. Contamos con que ahora os marchéis todos y podamos vivir bajo nuestra verdadera apariencia y en paz. Incluso esos animales multicolores que hemos usado para estar cerca de los hombres dejarán de existir, no son necesarios ya. —Con talante lleno de superioridad miró a los comandantes—. Aunque no leo vuestros pensamientos estoy seguro que os estáis preguntando por qué no hemos sentido dolor ante la muerte de Kung. La respuesta es sencilla. Vosotros no lo apreciabais, aunque creíais que sí. Para vosotros no era nada, sino un viejo medio loco.

Michael dio media vuelta y echó a caminar por el páramo en dirección al bosque. Antes de llegar a él era ya una figura confusa, gris. Entre los árboles le esperaban muchos lurhos, cientos, tal vez miles de ellos. Segundos más tarde no había el menor rastro de los verdaderos nativos de Urtala.

—¿Ha sido una lección, Adan? —le preguntó Alice mientras esperaban a que los soldados se acercaran, con la capitán Joan LeLoux al frente.

—¿Por qué? A veces creemos que sentimos afecto por una persona y no es así.

—¿Tú sentirías si me hicieran daño?

Adan la besó en la frente y luego fue a buscar los labios. Oyó una discreta tos detrás y se volvió. LeLoux esperaba órdenes.

La imagen de Urtala se empequeñeció primero en la pantalla y luego desapareció junto con el espacio normal cuando la *Silente* alcanzó la velocidad lumínica.

—¿Qué tal está el alférez Koritz? —preguntó Alice a Adan.

—Está repuesto totalmente. Mañana entrará en servicio. El doctor Hormun me ha asegurado que ninguno de nosotros conservamos el menor rastro de la epidemia de Urtala. —Adan sonrió. Abajo del palco, el capitán Kelemen le interrogó con la mirada para confirmar si estaba de acuerdo con situar la *Silente* completamente en el hiperespacio y regresar a la base de

Vega-Lira

. Adan asintió y luego empujó suavemente a la mujer fuera del puente.

—Me duele que Rolf Dunger escape sin castigo —dijo Alice.

—Dudo que lo consiga. He enviado un mensaje a las autoridades de Belgunt. Cuando la nave *Zardal* se aproxime a los mundos del Quinto Círculo posiblemente la estará esperando una flotilla armada que pondrá en buen recaudo a Dunger. Tendrá que responder en su mundo por haber intentado derrocar el gobierno que actualmente lo rige.

Alice miró con falso enfado a su compañero.

—¿No prohíbe la Norma facilitar tales informes a un estado libre que no mantenga relaciones estrechas con el Orden Estelar? Eso es inmiscuirse en asuntos internos que no nos conciernen, cariño.

—Me temo que estoy aprendiendo de ti a vulnerar ciertos códigos.

—¿Dónde escuché yo que las leyes fueron hechas para ser violadas?

Ambos rieron y apresuraron sus pasos al camarote que compartían.

FIN